

BOLSIBROS BRUGUERA



Lou CARRIGAN

BURBUJAS DE COLORES





eb

LOU CARRIGAN

BURBUJAS DE COLORES

Colección LA HUELLA n.º 106
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 36.691 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: noviembre, 1976

© Lou Carrigan - 1969

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Slim Danaher, se sirvió un *whisky* con manos temblorosas. Estaban en el espacioso *living* de su bonita quinta en Alhambra, Los Ángeles. Muy bonita, espaciosa y elegante quinta. Sólo que, en aquellos momentos, parecía completamente vacía, triste, sórdida.

Sobre la pequeña mesita redonda estaba el papel, que Danaher había leído quizá cien veces. Aquel papel, las pocas palabras que contenía, había destrozado, aniquilado por completo la felicidad de Slim Danaher. Aquel papel tenía la culpa de que él se sintiese solo, triste, deprimido, asustado.

Eso, a pesar de que el mensaje que contenía era breve:

«Tengo a Martha, y ahora será sólo para mí...

»Hasta que la mate».

Para Slim Danaher no había nada en el mundo que fuese tan importante como su esposa. Martha era para él la vida misma. Con frecuencia, se había sorprendido a sí mismo pensando que si Martha moría, él no querría continuar viviendo. Era un pensamiento quizá romántico, un deseo posiblemente pueril, y, hasta apurando mucho las cosas, carente de inteligencia.

Sí.

Podía ser todo esto. Pero, para Slim Danaher, lo más importante en el mundo era su esposa, Martha. Y ahora, después de casi veinte años de feliz matrimonio, Martha no estaba en casa. No estaba cuando él llegó. En su lugar, había un papel... Aquel papel, que decía que alguien tenía a Martha, que sería sólo para esa persona... hasta que decidiese matarla.

Un loco... Eso debía ser: un loco. O quizá algún amigo que se había decidido a poner en práctica una desagradable broma. En verdad desagradable, francamente.

Mas..., ¡ojalá que todo fuese una broma! Porque si no era broma... Si no era una broma, Martha debía estar pasándolo muy mal. Pero que él, incluso, que, a fin de cuentas, estaba tranquilamente en su quinta, tomando un estupendo *whisky*.

Seguro. Una broma.

Slim Danaher encendió un cigarrillo, pensativamente. Estaba mirando hacia la ventana amplia del norte del *living*, pero, en realidad, no veía nada. Ni la noche clara y serena, ni las estrellas, ni las flores del jardín... No veía nada.

Aunque..., ¿realmente no veía nada?

Se quedó estupefacto, convencido de que lo que estaba viendo eran visiones. Visiones puras y simples. Quizá estaba demasiado desquiciado por la desaparición de Martha por aquel anónimo... Había enviado a Clarice a la Delegación del FBI, ya que, evidentemente, se trataba de un rapto más o menos jocoso. Pero rapto al fin. Y el FBI era el organismo más adecuado para resolver los asuntos de raptos. Si alguien había raptado a Martha, el FBI la encontraría. Naturalmente. Sí... Naturalmente que la encontraría.

Pero, a veces, pensar en el fabuloso FBI supone un cierto... desquiciamiento, una cierta deformación de la realidad. Al FBI se le ve como..., como una entidad infalible. Todo lo puede, todo lo soluciona. Desde este pensamiento, es fácil llegar al mundo de las fantasías, ya que ni el FBI ni nadie ni nada en el mundo es infalible.

Okay, eso era... Nadie es infalible. Ni siquiera su propia mente lúcida de abogado experto, veterano. Cualquier cerebro, cualquier par de ojos pueden tener un fallo. Y si no, allá estaba la prueba... La prueba definitiva.

Las burbujas.

Burbujas de un color... verde. Burbujas verdes. Eran preciosas.

Unas grandes, perfectas, brillantes burbujas verdes. De un verde intenso, bonito, alegre. Pasaban por delante del hueco de la ventana abierta, ascendiendo suavemente, graciosamente. La luz del *living* las hacía brillar afuera, en la noche, de un modo perfecto, como tornasolado. Pero verdes. De un verde perfecto. Absoluto. El más bonito de los verdes.

Slim Danaher dejó su vaso de *whisky*, y se acercó a la ventana, casi sonriendo. Por unos segundos se olvidó de Martha, del anónimo amenazador, deprimente. Sólo veía las burbujas.

Las bonitas burbujas verdes, que pasaban, camino del cielo, por delante de la ventana.

Se acercó casi tímidamente. Aquellas burbujas le recordaban algo bonito, algo lejano. Eran... pompas de jabón. Parecían pompas de jabón, al menos. Las había de todos los tamaños. Lo más curioso era que todas fuesen verdes. De un tono decididamente verde.

Llegó a la ventana, se asomó, y un espeso grupo de burbujas rodeó su cuerpo, su cabeza. Afuera, acucillado bajo el alféizar de la ventana, había un niño... Asombroso... ¿Un niño a aquellas horas, fuera de su casa, en plena cerrada noche, sentado bajo el alféizar de su ventana, haciendo burbujas de jabón?

Asombroso.

Las burbujas iban reventando, algunas, delante mismo del rostro de Slim Danaher. Eso era natural, era lógico... Ya se sabe: las burbujas de jabón revientan pronto, dejando una cierta decepción en el ánimo de quién las está viendo. Son tan bonitas... Pero aquéllas eran todas de color verde. Resultaba curioso: pompas de jabón de color verde. Todas, todas eran verdes. Parecía como si...

Slim Danaher se sintió, de pronto, muy mal. Francamente mal. Fue un malestar súbito, inesperado. Notó unas violentas náuseas, un profundo dolor en la garganta y en el pecho... Unas dolencias nuevas, desconocidas, súbitas, brutales... Las burbujas de color verde iban estallando ante sus ojos, por encima del niño... Un niño que debía tener, quizá, siete u ocho años, sentado bajo el alféizar, con un protector facial de *baseball*, a través de cuya rejilla manejaba la delgada caña por la que soplaban las burbujas. ¿O no era exactamente así?

Un zumbido en las sienes, unas náuseas más fuertes, un intenso dolor de cabeza, un salto horrible del estómago, del corazón, de todos sus órganos, alarmó ya definitivamente a Slim Danaher, que continuaba viendo las verdes burbujas ascendiendo hacia el negro cielo estrellado de la noche.

De pronto, se llevó las manos a la garganta. Todo..., todo el mundo, todo el universo, había empezado a rodar, a describir salvajes y veloces vueltas. Las náuseas fueron tan brutales que creyó

que iba a vomitar, que todo su cuerpo se iba a volver del revés.

Y no.

No.

Simplemente, de pronto, cayó sobre el alféizar de la ventana, quedando doblado allí, sobre el estómago.

Mientras tanto, las últimas burbujas ascendían hacia el cielo negro manchado de estrellas.

CAPÍTULO II

Homer Hardin entró en el despacho de su jefe, el inspector Gilchrist, encargado de la Delegación del FBI, en los Ángeles. Se quedó mirándolo, en silencio, respetando la labor que Gilchrist estaba realizando sobre irnos documentos. Casi un minuto más tarde, el inspector-jefe de la Delegación alzó la cabeza, y sonrió amistosamente.

—Hola, Homer.

—Entiendo que ha requerido mi presencia, señor.

—Sí... No te sientes, no... Tienes que ir a una avenida de Alhambra, llamada —alzó un papel, y lo tendió G-man

—. Aquí está la dirección. Llamó una mujer y dijo que tenía que denunciar un rapto.

—¿Por qué no vino personalmente?

—No sé. Ya lo explicará. La denuncia la presenta un hombre llamado Slim Danaher...

—¿No ha dicho usted que era una mujer?

—Ella hacía la denuncia en nombre del tal Slim Danaher. Opino que más que preguntar y hablar lo que interesa es ir a esta dirección y enterarse de todo. Ya sabes que los demás muchachos están ocupados, y aunque tú has terminado apenas hace dos horas el trabajo de...

—Iré allá, señor. Esa dirección está muy cerca.

—Y tendrás que ir solo. Hazte cargo del asunto, entérate bien de las cosas y presenta un informe de ese rapto. Ya veremos luego lo que se puede hacer. Bueno, no sé por qué hablo tanto: tú sabes muy bien lo que tienes que hacer, ¿no es cierto?

—Cierto, señor... —sonrió Homer—, hasta luego.

CAPÍTULO III

Detuvo el coche pegado al bordillo de la acera de enfrente y se quedó mirando la quinta. Era grande, con un frondoso jardín que la rodeaba completamente. Al fondo, se veía luz, seguramente en una de las ventanas.

El

G-man

se apeó. Estaba a punto de cerrar la puerta del coche cuando vio aparecer a la muchacha, caminando apresuradamente. Parecía excitada, agitada, como si hubiese estado corriendo... Se quedó mirándola entre distraído y admirado por la belleza de la desconocida. Era muy esbelta y bien formada, sus piernas eran sensacionales, y las movía con una gracia muy personal. Sus cabellos eran más bien largos, sueltos, pero sin llegar al desaliño «ye-yé».

Tenía un bonito perfil de rostro... y de todo.

La verdad era que Homer Hardin estaba en aquellos momentos encantado de la vida ante tan bello espectáculo.

Y de pronto, al llegar ante la verja de la quinta, la muchacha giró graciosamente y entró, sin tocar las grandes puertas de barrotes forjados, que habían permanecido abiertas, al parecer; lo suficiente para permitir el paso de una persona.

Estupendo. Si aquella preciosidad entraba allí, él tendría oportunidad de conocerla.

Cruzó la calle, entró en la quinta y echó a andar hacia la casa, por el senderillo de la izquierda. Había otro camino a la derecha, más amplio, pero era de gravilla, y, por tanto, más molesto para caminar. Debía conducir al garaje, sin duda.

Vio a la muchacha subiendo el bonito pórtico de columnas

blancas, oyó el tintineo de unas llaves y la puerta se abrió. La mucha dio la luz, entró y cerró la puerta. El

G-man

continuó caminando hacia la casa, tranquilamente siempre. Sabía por experiencia que nada inquietaba más a un ciudadano que observar prisa o nerviosismo en los servidores de la ley. Hay que presentarse calmadamente, sin prisas, con gran aplomo, como si jamás hubiera nada que temer. Eso inspira mucha confianza y, sobre todo, mucha calma y serenidad. Comprobado.

Subió al pórtico, dejando a su izquierda la ventana iluminada, como a ocho o diez yardas, casi completamente rodeada de bonitas plantas que trepaban hacia el tejado por el muro. Alzó la mano hacia el timbre...

Y entonces oyó el grito, a su izquierda, precisamente en la ventana frondosa, con olor a campanillas frescas y a rosas.

Un grito mal contenido de susto, de espanto. Un grito que el

G-man

estuvo seguro había brotado de labios de aquella encantadora muchacha de sueltos cabellos de negros reflejos.

Todavía estaba el grito vibrando en el aire cuando Homer saltó por un lado la balaustrada lateral del pórtico cayendo en el jardín, muy cerca ahora de la ventana. Corrió hacia allí, sacando la pistola por pura rutina elemental en casos semejantes. Si alguien gritaba era que tenía miedo. Si tenía miedo, era que algo malo podía ocurrir.

Pero no. Nada podía ocurrir, porque al parecer, ya había ocurrido. Cuando Homer quedó bajo la ventana, lo primero que vio en ésta fue a la muchacha, con la luz a la espalda, crispada, las manos en la boca... Pero inmediatamente vio al hombre caído, doblado sobre el alféizar, con los brazos colgando blandamente.

Y al mismo tiempo, la muchacha lo veía a él. Sus ojos se desorbitaron, volvió a gritar, dio media vuelta y desapareció de la ventana, corriendo hacia el interior de la casa.

El

G-man

no vaciló ni un segundo. Guardó la pistola, clavó sus manos en el alféizar y de un sorprendente salto quedó sentado en éste. Giró alzando las piernas y saltó al interior de la casa cuando la

muchacha salía corriendo del gran *living*.

—¡Deténgase! —ordenó Homer—. ¡Venga aquí!

Pero el precipitado taconeo de la muchacha se oía afuera, alejándose. Homer corrió a la puerta, salió a un espacioso vestíbulo y de nuevo vio a la bella desconocida, llegando a la puerta principal de la quinta.

—¡Deténgase! —insistió Homer.

De nuevo fue desobedecido. Ella salió de la casa y el

G-man

se lanzó detrás, a toda velocidad. Salió al pórtico, salvó los escalones de un salto y en media docena de zancadas estuvo detrás de la muchacha, a la que asió un tanto rudamente por los cabellos. Ella volvió a gritar, se volvió contra él y le lanzó un gracioso, pero peligroso, zarpazo de gatita asustada, que rozó una mejilla del federal. Homer casi se disgustó. Asió un brazo de la muchacha, le dio la vuelta obligándola a girar y lo incrustó, dolorosamente torcido, en su espalda. Con la otra mano tapó la boca de ella, que no dejaba de gritar.

—Cálmese, nena. Si no quiere... ¡Aaayyy...!

Casi la soltó completamente al recibir el mordisco en la mano. Y una fracción de segundo más tarde, un terrible taconazo en la espinilla le arrancó otro grito de dolor. Tuvo que relajar su presa en el brazo de la muchacha, que se soltó entonces, se volvió hacia él y le lanzó un golpe de judo a la yugular, que sin duda lo habría derribado de no reaccionar instintivamente el agente del FBI, alzando una mano y parando el golpe. Ella le cogió entonces esa mano, giró y efectuó la presión giratoria hacia abajo, que, teóricamente, rompería el brazo de Homer Hardin a menos que éste siguiese el ritmo de la presa, y se dejase derribar para evitar peores consecuencias.

Y el

G-man

siguió el rimo de la presa, dando una vuelta de campana y cayendo de espaldas. Se suponía que después la muchacha podría soltarlo y continuar escapando. Y eso fue lo que intentó ella, ciertamente. Sólo que Homer Hardin, sonriendo hoscamente, apresó entonces la mano de ella, tiró hacia abajo y la muchacha cayó encima suyo, de bruces. El

G-man

dio la vuelta, se colocó encima de ella, con una rodilla en cada bracito, y quedó sentado en el vientre de la muchacha, que intentaba en vano librarse de aquel peso poderoso.

Homer sacó entonces su pistola, tranquilamente, y colocó la punta del cañón en la naricilla de la muchacha.

—Okay, tremenda niña: si no se está quieta le hago otro agujerito en la nariz. A lo mejor parecería una marciana. ¿Nos portamos bien, sí o no?

Ella asintió con la cabeza. Lo miraba fijamente, asustada, muy abiertos los ojos. Su busto pujante se agitaba fuertemente debido al jadeo.

—Tranquilícese. Y hablemos con normalidad, sin alterarnos. ¿Es usted de la casa?

Ella volvió a asentir con la cabeza.

—Bien... Entonces, ¿por qué quería escapar de mí?

La muchacha miró hacia la ventana iluminada, todavía muy abiertos sus ojos. Homer Hardin comprendí entonces. Ella había visto a aquel hombre que, evidentemente, estaba muerto. Luego, lo había visto a él con una pistola en la mano, bajo la ventana...

—¿Está muerto el hombre de la ventana?

—Sí...

—¿Y cree que lo he matado yo?

Ella se quedó mirándolo aterrada... Homer aflojó un poco su presión sobre el bonito cuerpo..., y tuvo que apretarla nuevamente, para evitar la reacción de la muchacha, que, evidentemente, había estado usando el truco de la persona aterrada para confiarlo y pasar al ataque nuevamente.

—¡Quieta...! Está usted complicando las cosas, nena. Yo no he matado a ese hombre. Por si le interesa —guardó la pistola y sacó un plano estuche de piel, que abrió, mostrando su placa y credencial—, le diré que soy un agente del FBI. ¿La tranquiliza eso?

La tranquilizó completamente y al instante. Homer notó el súbito relajamiento de la muchacha, su suspiro de alivio...

—Por favor, suélteme —pidió ella.

—De acuerdo. Pero nada de tonterías. Usted sabe un poquito de judo, nena, pero yo sé matar a una persona de un solo golpe. De manera que vamos a ser formalitos. ¿Sí?

Ella asintió con la cabeza y Homer se quitó de encima. La ayudó a ponerse en pie y se quedó mirándola aprobativamente mientras ella ponía en orden sus ropas, especialmente el escotado jersey negro, que se había tornado muy indiscreto.

Homer señaló hacia la casa.

—¿Quién es el muerto?

—El señor Danaher.

—¿Slim Danaher?

—Sí...

—¿Es usted quizá, la chica que llamó a la Delegación del FBI para denunciar un rapto en nombre del señor Danaher?

—Sí... Sí, señor.

—¿Qué hacía en la calle? ¿De dónde venía usted antes, tan agitada?

—De perseguir al niño.

Homer se detuvo en seco en su marcha hacia la ventana donde estaba Slim Danaher doblado sobre el alféizar. Soltó el brazo de la muchacha, sorprendido.

—¿Qué niño? —gruñó.

—El niño que vi saltar por la verja.

—Veamos si lo entiendo. —Homer reanudó la marcha por el jardín, hacia la ventana—: usted estaba en la casa, y un niño...

—Yo no estaba en la casa, sino fuera.

—¿Y qué hacía usted fuera de la casa?

—Venía de telefonar al FBI.

—Ah... ¿No hay teléfono en la casa?

—No funciona. La verdad es que el señor Danaher me envió personalmente a denunciar el rapto de su esposa cuando comprobamos que el teléfono no funcionaba. Pero lo vi muy alterado, asustado..., y decidí no ir a la Delegación, sino llamar desde una cabina, para volver inmediatamente con el señor Danaher. Estaba... demasiado alterado.

—Entiendo... El teléfono no funciona, usted es enviada a la Delegación, pero prefiere llamar desde una cabina pública. Vuelve a la casa, ve a un niño saltando las verjas del jardín... y lo persigue. Lo alcanza, le dice que eso está muy feo y que... ¿No?

—No lo alcancé. Desapareció.

—Bueno... —sonrió secamente Homer—. Los niños se esconden

en cualquier sitio. ¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro.

El

G-man

respingó y se quedó mirándola boquiabierto.

—¿Y a eso lo llama usted un niño? —replicó al fin.

—Creí... que me preguntaba mi edad, no la del niño. Él debía tener seis u ocho años. Algo así.

Homer consultó su reloj y frunció el ceño.

—¿Y qué hacía un niño de esa edad saltando verjas casi a las once de la noche?

—Eso es precisamente lo que yo quería preguntarle.

—Claro... Es natural. ¿Está segura de que el teléfono de la casa no funciona?

—Segurísima.

El

G-man

no preguntó nada más, de momento. Se habían detenido los dos ante el cadáver de Slim Danaher. Homer supo que no había nada que hacer por él tras tomar una de sus muñecas y buscar infructuosamente el latido del pulso. La cabeza de Slim Danaher colgaba a la altura del vientre de Homer, aproximadamente, y se hundía entre las campanillas y las verdes hojas. El agente del FBI se acucilló, de modo que pudo ver el rostro de Danaher tras girarlo un poco. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos en un patético gesto de agonía, de desesperación. En su boca aparecía, clarísimamente, una espuma ligera, de color verde intenso.

Homer apagó la pequeña linterna-bolígrafo y la guardó.

—Parece... veneno. Cabría pensar que el señor Danaher se ha suicidado. Pero no podemos...

—¿Suicidarse el señor Danaher? —exclamó la muchacha.

—¿No?

—¡Por supuesto que no! Le conocía muy bien. Era un hombre alegre, equilibrado, inteligente. Me parece imposible que haya hecho eso... Y menos ahora, que su esposa ha desaparecido.

—Supongo que quiere decir que la han raptado —corrigió Homer.

—Eso decía el papel.

—¿Recibió un mensaje diciéndole que su esposa había sido raptada?

—No exactamente eso. Era... más amenazador. Decía que la iban a matar, después de... Bueno, no sé...

—¿Cuántos años tiene la señora Danaher?

—Cuarenta, creo... Algo así. Pero parece aún más joven.

—¿Y es hermosa? ¿Es bonita?

—Oh, sí... Sí, desde luego.

—Bien... Esto se ha complicado considerablemente. Entremos en la casa, por favor. Dígame, ¿quién es usted?

—Clarice Taylor. Soy... o era la secretaria del señor Danaher.

Homer asintió con la cabeza. Entraron en la casa y en seguida en el *living*. El

G-man

vio pronto el papel, sobre la mesita. Lo cogió y lo leyó: «Tengo a Martha, y ahora será sólo para mí... hasta que la mate».

En verdad que el mensaje no era tranquilizador, precisamente.

—¿Cuándo recibió el mensaje el señor Danaher?

—Estaba pegado en la puerta cuando él y yo llegamos de la oficina que tiene en Beverly Hills.

—¿Era un abogado de éxito?

—Desde luego. El señor Danaher era muy inteligente.

—¿De los que se crean enemigos?

Clarisa Taylor miró al

G-man

vivamente, como sorprendida por aquella posibilidad.

—Pues no sé... No creo. Él era muy íntegro y honesto. Pero por supuesto, cualquiera puede tener enemigos. Sin embargo, yo no conozco a nadie que quisiera mal al señor Danaher.

—¿Llevaba usted mucho tiempo con él?

—Algo más de tres años.

Homer volvió a asentir. Tomó el vaso que se veía también en la mesita, pero rodeándolo cuidadosamente con el pañuelo por la parte inferior, con la delicadeza precisa para no borrar ninguna huella. Olió el contenido y alzó las cejas. Tenía buen olfato: aquello era solamente *whisky*. Y del bueno.

Dejó el vaso junto al mensaje amenazador y dedicó a Clarisa una leve sonrisa un tanto seca.

—¿No tiene criados el matrimonio Danaher?

—Por supuesto que sí. Pero hoy les habían dado permiso... Los Danaher eran muy amables con sus criados. Frecuentemente se quedaban solos, y pasaban veladas deliciosas en mutua compañía.

—¿Estaba hoy proyectada una de esas veladas?

—Creo que sí.

—Sin embargo, usted vino a la casa con el señor Danaher... ¿A qué hora?

—Poco más tarde de las diez.

—Trabaja usted demasiado —murmuró Homer.

Clarisa se quedó mirando fijamente al G-man.

De pronto, enrojeció intensamente, y sus bellos ojos azules brillaron con furia.

—¿Qué está usted pensando, señor...?

—Homer Hardin. No pienso nada determinado, realmente. Pero me sorprende que teniendo hoy el señor Danaher concertada una velada en solitario con su esposa la trajese a usted aquí.

—Ya avisamos poco después de la cinco de la tarde a Martha, diciéndole que vendríamos tarde y que, además, nos tendríamos que quedar hasta la madrugada en un caso urgentísimo. No habría sido la primera vez, señor Hardin.

—¿Estaba de acuerdo la señora Danaher con eso?

—¿De acuerdo? Todavía más: nos ayudaba. Usted es un cínico y un mal educado, señor Hardin.

Homer encogió los hombros.

—Y usted es demasiado hermosa para evitar que un hombre piense cosas fantásticas. ¿Tienen hijos los Danaher?

—No.

—No se disguste conmigo, señorita Taylor. Estoy trabajando, eso es todo. Me comprendería mejor si hubiera visto las cosas que he visto yo en este cochino mundo. Personalmente, me parece usted encantadora y decentísima. Sólo estoy trabajando... rutinariamente. La conversación sería diferente si no estuviese de servicio.

—Lo dudo. ¿Qué me diría usted?

—Bueno... La invitaría a cenar, a bailar, a... No me mire así. Le aseguro que no haría nada que la obligase a utilizar sus conocimientos de judo. Es usted, según parece, una chica

absolutamente moderna y decidida.

—¿No le gusta eso?

—Todo lo contrario: me encanta, de veras. Con su permiso... — sacó la pequeña radio de bolsillo y la accionó—. Puesto que el teléfono no funciona...

También lo había examinado, mientras hablaba con la muchacha. El hilo, simplemente, había sido cortado por debajo del soporte, de modo que no se notaba... a menos que un G-man

decidiese encontrar alguna causa de avería. Y un cordón cortado es una avería considerable.

—Adelante —se oyó en la pequeña radio.

—Soy Homer Hardin. Díganle al inspector Gilchrist que el señor Danaher está muerto y que lo espero en su domicilio con el equipo pertinente para estos casos. Parece suicidio, pero quizá no lo sea.

—Entendido. ¿Algo más?

—Nada, gracias.

Guardó la radio, encendió un cigarrillo y se acercó al cadáver de Slim Danaher, viéndole ahora de espaldas. Curiosa postura para morir. Y más curiosa aún si se trataba de un suicidio. Lo normal, en casos de suicidio por envenenamiento, es encontrar a las víctimas en la cama, o en un sillón... En postura «cómoda», en general. Luego, estaba la expresión de desesperada agonía que había visto en el rostro de Slim Danaher... ¿Había ingerido algún veneno y luego había corrido hacia la ventana? Parecía absurdo, desde luego. ¿Quizá había ingerido el veneno, luego se había asustado y había ido a la ventana para pedir ayuda...? Ayuda..., ¿a quién? ¿Al niño que quizá estaba entonces en el jardín? Un niño en el jardín casi a las once de la noche. Además, en un jardín que no era el suyo. Un niño que escapa cuando Ciar rice Taylor lo persigue... ¿No resultaba todo un tanto... desconcertante?

Homer se volvió hacia Clarisa, que lo miraba fijamente, con una extraña expresión en sus grandes ojos azules.

—¿Conoce usted a ese niño, señorita Taylor?

—¿Al que saltaba la verja? No... ¿Cree que es importante?

—No sé. Es posible que el niño viese algo, se asustase, y por eso quería escapar a toda costa... Sí, es una posibilidad. Si no le importa, mañana lo buscaremos. ¿Podrá reconocerlo?

—Lo ignoro. Es posible que sí, si llevase las mismas ropas y lo veo correr... No estoy segura. Quizá sí.

—Perdone... No comprendo bien. ¿No ha dicho usted que lo vio saltar la verja?

—Eso he dicho.

—Debió verle el rostro, sin duda.

—Llevaba un protector.

—¿Un qué? —exclamó Homer.

—Un protector facial, de jugador de *baseball*. Me refiero a esa especie de máscara de piel y rejilla de alambre que se ponen los catchers, para evitar pelotazos en la cara.

—Ya sé, ya sé... Demonios, esto es intrigante, ¿no cree? Y otra cosa... ¿cómo escaló el niño la verja?

Clarisa se desconcertó visiblemente.

—No sé... Bueno, los niños son capaces de cualquier cosa, tengo entendido...

—¿Son...? Oh, sí, terribles... Pero, por favor, siéntese... No tiene por qué estar de pie toda la noche.

—¿Piensa retenerme toda la noche?

—Mmm... ¿Qué clase de respuesta quiere? —sonrió de pronto el federal—. ¿Personal o profesional?

—Profesional, señor Hardin.

—Entonces, le diré que la retendremos solamente el tiempo imprescindible. ¿Quiere ahora una respuesta personal?

—No es necesaria —sonrió Clarisa.

Se sentó en el sofá y alargó la mano hacia el paquete de cigarrillos que había en la mesita.

—¡No toque nada! —casi gritó Homer.

—Sólo quería un cigarrillo...

—Yo la invito con mucho gusto.

Se acercó a ella y le ofreció un cigarrillo. Le ofreció fuego y se quedó mirándola amablemente.

—Gracias —dijo ella.

—¿Sabe una cosa? Si yo no hubiese abandonado mi carrera de abogado, quizá ahora tendría una secretaria tan bonita como usted. Claro que eso sería peligroso, pero...

—¿Peligroso? ¿Por qué?

—Es peligroso tener una secretaria tan bonita.

—¿Por qué motivo?

—Pues..., en general, acaba uno casándose con ella.

—¿Y eso es peligroso? —sonrió Clarisa.

—Eso dicen. Quizá cualquier día me decida a hacer la prueba, sin embargo. Hay peligros maravillosos.

Clarisa Taylor parpadeó. La nueva faceta del áspero

G-man

la estaba sorprendiendo, sin duda. Otra cosa que la sorprendió fue darse cuenta de que Homer Hardin era un tipazo sensacional, de inteligentes ojos grises, mentón recio y gran boca firme y sonriente; alto, atlético, fuerte, elegante... Lástima que parecía tener por norma ir un poco desgreñado...

—Es cuestión del pelo —dijo de pronto Homer.

—¿Qué..., qué...?

—Lo de ir desgreñado. Tengo el cabello muy rebelde.

Clarisa enrojeció intensamente, casi irritada por aquella penetración del agente del FBI. Era evidente que había estado adivinando sus pensamientos, o poco menos.

—Eso es cosa suya, señor Hardin.

—Cierto. ¿Le parece que charlemos de cosas relacionadas con el señor Danaher mientras llega el inspector Gilchrist?

CAPÍTULO IV

El inspector Gilchrist asintió con la cabeza.

—Ciertamente, es todo muy intrigante, Homer. En mi opinión, lo más intrigante es lo de ese niño... disfrazado de jugador de *baseball* a las once de la noche. Esto, claro está, teniendo en cuenta que la señorita Taylor no te haya mentido respecto a eso del niño.

Homer frunció el ceño, mirando hacia Clarisa, que estaba sentada en el sofá inmóvil, mirando hacia ellos que se habían desplazado a un rincón para cambiar impresiones mientras el equipo de Huellas y el forense hacían sus respectivos trabajos.

—No lo creo, señor —musitó el G-man.

—¿Por qué?

—Pues me parece que si la señorita Taylor hubiese querido mentirme hay mentiras más convincentes que la de un niño con protector de *cácher* saltando verjas a las once de la noche.

—Sí... Es cierto. Es extraño todo esto... ¿Crees que pudo suicidarse?

—Ya le he dicho que la señorita Taylor lo niega rotundamente. Era un hombre equilibrado e inteligente, dice ella.

—Ahí viene el forense. Oigamos su experta opinión.

El médico forense era un hombre seco de rostro adusto, pálido, de manos blanquísimas, largas, elegantes. Se acercó cerrando su maletín, que dejó en el suelo para encender un cigarrillo.

—Intoxicación.

—¿Envenenado? —susurró Gilchrist.

—Intoxicado, envenenado... Algo así. Pero yo digo intoxicado. Una intoxicación mortal, desde luego. Y poco menos que fulminante.

—¿Cree que el veneno pudo estar en el vaso de *whisky*? —frunció el ceño Homer.

—No. He olido ese vaso y no encuentro resto alguno de veneno. De todos modos, lo analizaré en el laboratorio. En cuanto al medio empleado para intoxicarlo, pues... No sé. No se me ocurre ninguno de los que yo conozco.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Gilchrist.

—Esa espuma verde que tiene en la boca... No he visto jamás nada de esas características. Y no podré saber de qué se trata a menos que realice la autopsia.

—Temo que eso va a ser un tanto problemático, doctor. Para hacer la autopsia, tiene que haber sospecha o indicio cierto de asesinato. O bien, el permiso del familiar más allegado a la víctima. En este caso, no podemos aventurarnos a decir si fue suicidio o asesinato, por el momento. En cuanto a la esposa, único familiar del señor Danaher, ha sido raptada, según parece.

—Entiendo. Pero sin autopsia no podré decirles qué clase de veneno utilizaron. Podría ser gas.

—¿Gas? —se asombró Homer.

—Podría ser —repitió cautamente el médico—. La verdad es que estoy desorientado. Tanto si es gas, como si es veneno, no podría decir de cuál de los conocidos se trata.

—¿Se atrevería a opinar sobre si ha sido suicidio o asesinato?

—Desde luego que no. Respecto a eso, supongo que sus conclusiones policiales darán mejor resultado... Me gustaría hacerle la autopsia a ese cadáver, inspector.

—¿Por qué?

—Hay algo nuevo en... en su muerte. Tiene un sello diferente, una nueva modalidad. Luego, esa espuma verde en su boca. Parece... teñida.

—Teñida... ¿Qué quiere decir?

—De veras que ni yo mismo lo sé. Le ruego que haga todo lo posible por conseguir autorización para la autopsia.

—Lo intentaré. Ah, un momento...: ¿murió el señor Danaher entre las diez y media y las once?

—Sí, sí... Aproximadamente a esa hora. Si no quieren nada más, nos llevaremos el cadáver a la Morgue, puesto que sus hombres terminaron con él antes

de' cedérmelo.

—Claro... Sí, procedan, por favor.

—Hasta la vista —se despidió el forense.

Salió de la casa, para hablar con los camilleros del coche mortuorio que esperaban en el jardín.

Y proveniente de éste entraron dos

G-men,

que se dirigieron directamente hacia Gilchrist y Homer.

—¿Hay huellas? —preguntó el primero.

—Desde luego, señor. Se ven las de Homer, las de la chica... y las del niño.

—Entonces..., ¿es cierto que hubo un niño ahí fuera?

—Sí, señor. Y parece que estuvo sentado bajo la ventana donde estaba el cadáver.

Gilchrist y Homer cambiaron una mirada de desconcierto.

—¿Qué pudo hacer sentado bajo la ventana a esas horas? —murmuró Homer.

—Cualquiera sabe. Lo cierto es que hubo un niño ahí... Hemos pensado que el señor Danaher pudo oírlo, o verlo..., y se asomó. Justo entonces debió hacerle efecto el veneno, o lo que sea.

—Y el niño escapó corriendo —susurró pensativamente Homer...— Es todo extraño, pero parece encajar.

—Yo creo —sugirió Gilchrist— que ganaríamos tiempo y ahorraríamos dolores de cabeza si nos dedicásemos a buscar a la señorita Danaher, Homer. Es posible que ella sepa algo de todo esto.

—¿Cómo encontrarla? No tenemos la menor pista... El raptor no pide dinero, no solicita contactos. Simplemente, parece dispuesto a matarla después de... haber obtenido algo de ella. Quizá deberíamos empezar a buscar interrogando personas bien relacionadas con los Danaher, ya que es evidente que quien se llevó a la señora Danaher sabía que estaría sola en la quinta esta tarde, que los criados tendrían permiso. Lo preparó todo bien, tuvo tiempo.

—Será buscar una aguja en un pajar —masculló Gilchrist... Pero ése es nuestro trabajo, de modo que el caso es tuyo, Homer. No dirás que no soy amable contigo.

—¿Cómo? ¿Amable, señor...? No comprendo...

—La señorita Taylor y tú os estáis abrasando vivos a miradas. De

modo que debes agradecerme que te proporcione ocasión de... intimar más con ella. Acompáñala a su domicilio.

—Esto... ¿A su domicilio? Bueno, señor...

—Y por el camino, o mientras tomáis una copa en su apartamento, le preguntas los nombres de todas las personas que ella conozca relacionadas de algún modo con los Danaher. —Gilchrist sonrió irónicamente—... De algo tenéis que hablar, ¿no? Apúntalo todo bien.

—De acuerdo —masculló Homer.

—Por mi parte, me dedicaré esta misma noche a solicitar datos sobre los Danaher, a Washington o a donde sea. Y también sobre la señorita Taylor, Homer.

—Entiendo. Sí, entiendo, señor... Seré cauto y astuto con ella.

—Es muy bonita —sonrió secamente Gilchrist—. Pero ya debes conocer el proverbio: ni todos los ángeles hermosos son buenos, ni todos los ángeles horribles son malos.

—Es un convincente proverbio. ¿Quién lo inventó?

—Yo. A trabajar, Homer.

El

G-man

asintió con la cabeza y se acercó a la muchacha, que quedó mirándolo atentamente, expectante.

—La acompañaré a su casa —dijo Homer.

—No es necesario. Yo...

—La mía es una actitud profesional, señorita Taylor. La acompañaré. Y, además, le agradecería que me invitase a café en su apartamento. Tenemos mucho que hablar.

—Está bien, señor Hardin. El FBI gana.

—Como siempre. ¿Vamos?

CAPÍTULO V

Homer se quedó mirando la larguísima lista que había confeccionado con la ayuda de Clarisa Taylor demasiadas personas. Cosa natural en un abogado bien relacionado.

—¿No recuerda ninguno más? —insistió.

—De momento, no. Pero los iré anotando a medida que los recuerde, señor Hardin.

—Es usted muy amable. Bien... En principio, por pura intuición creo que me dedicaré a las personas de esta lista que tienen niños de seis a ocho años. Tendremos que ir enterándonos de eso señorita Taylor... Emmm... Bueno, usted vio al niño, de modo que cuando yo vaya a visitar a las personas que tengan hijos, sería conveniente que me acompañase. Si encontramos al niño, me gustaría charlar con él.

—Lo entiendo. Cuente conmigo.

Homer Hardin dobló pensativamente las hojas donde había ido anotando nombres y direcciones. Mientras las guardaba en un bolsillo miraba atentamente a la bellísima Clarisa Taylor. Todavía resultaba más bella y dulce en la intimidad de su bonito apartamento moderno. Era muy tranquila, muy serena... Y, además, conocía el judo. Y también había sido secretaria de un abogado.

—Es usted todo un hallazgo —dijo de pronto Homer.

—¿A qué se refiere?

—Es moderna, inteligente, decidida, valiente, conoce la profesión de abogado, sabe judo. Me pregunto qué más podría pedir un agente del FBI con título de abogado.

Ella sonrió burlonamente.

—Quizá debería pedir que esa chica lo aceptase, ¿no cree?

Se quedaron mirándose, sin un parpadeo. Homer la asió de

pronto de un brazo y la atrajo hacia él. Clarisa se dejó abrazar, siempre fijos sus azules ojos en los grises del G-man.

Una mano de éste pasó a la espalda de la muchacha para apretarla más fuertemente contra su pecho. La boca de ella tembló un instante y Homer acercó la suya. Allí estaba la oportunidad clarísima del primer beso. El federal bajó más su boca y Clarisa Taylorladeó la cabeza, pasando uno de sus finos bracitos entre su cuerpo y el de Homer hacia la mesita.

—¿Más café, señor Hardin?

Homer la soltó y se quedó mirándola hoscamente.

—No.

—¿Un poco de *whisky*, quizá?

—No.

—Es posible que tenga apetito... ¿Le preparo...?

—No.

—Vaya... Parece que ya no puedo hacer nada más por usted, por esta noche.

Homer Hardin se puso en pie, irritado consigo mismo por haber caído en la burlona trampa de Clarisa. Soltó un gruñido, recogió los cigarrillos, el encendedor, el bolígrafo... Se lo guardó todo y fue hacia la puerta del *living*, diciendo:

—No me acompañe, gracias. La llamaré cuando necesite su colaboración para visitar a los amigos y conocidos de los Danaher. Eso, si no tiene inconveniente, insisto.

—Ninguno. —Clarisa saludó tocándose la frente con dos dedos—. Siempre a sus órdenes, valiente federal.

Homer Hardin salió del apartamento lanzando chispas de furia a todos lados.

CAPÍTULO VI

—Homer.

El

G-man

abrió los ojos inmediatamente alzándolos hacia la persona que lo había despertado con tanta suavidad.

—Diga, señor.

—Deja de dormir. Son las ocho y cuarto. Pasemos a mi despacho.

—Sí, señor.

El agente del FBI se puso en pie, completamente despejado, como si en lugar de mal dormir apenas tres horas y media en un sillón hubiese estado en animada tertulia. Del pequeño saloncito anexo a la oficina de Gilchrist pasaron a ésta. Gilchrist se sentó a la mesa y Homer en otro sillón, delante.

—Tenemos ya los datos de Slim Danaher —dijo el inspector—. Un gran tipo, Homer.

—¿En qué sentido?

—En todos. Había nacido, hace cuarenta y seis años, en Bakersfield, California; o sea, a unas cien millas de aquí, de Los Ángeles. Un niño inteligente y muy querido por todos. Asistió a la escuela, naturalmente, en Bakersfield. Luego estuvo en la University Southern of California, aquí, en Los Ángeles. Ciudad que debió gustarle, ya que, una vez graduado, título en el bolsillo, fijó aquí su residencia, comenzando a ejercer de abogado. Hace casi veinte años, se fue un buen día a Bakersfield y se trajo de allá a Martha Follingsbee, convertida en su esposa. Se conocían desde niños, pertenecientes ambos a familias algo más que acomodadas. Pero, antes de casarse, y en un paréntesis entre el ejercicio de su

profesión y su boda, Slim Danaher estuvo en el Pacífico, en la Segunda Guerra, con el grado de capitán, que alcanzó rápidamente tras su ingreso como teniente. Un hombre de valor probado y comprobado sin lugar a dudas...

—Es decir, todo lo contrario a un presunto suicida.

—Así parece. Esto... Slim Danaher progresó muy pronto en su profesión. Aparte de su fortuna propia, considerable, fue demostrando tal capacidad profesional que alcanzó en breve una gran estima y prestigio. Todo cuanto se dice de él es bueno. Ni una mancha, ni un detalle molesto en su vida. Digamos... uno de esos ciudadanos que prestigian a los Estados Unidos, en todo momento. Ésta es, resumidísima, su historia. Puedes leer el informe completo ahora, si quieres.

—Le echaré un vistazo, sí, señor.

Gilehrist le tendió la carpeta y el

G-man

se abstrajo, durante diez minutos, en la lectura de los informes recopilados en tomo a Slim Danaher, que incluían buena parte de la historia personal de su esposa, igualmente estimada y querida por cuantos la conocían. Durante este tiempo sonó el teléfono un par de veces, pero el

G-man

lo ignoró por completo.

Cuando terminó la lectura, dejó el informe sobre la mesa y se quedó mirando a su jefe.

—¿Y Clarisa Taylor? —preguntó.

—Precisamente, ella ha llamado hace unos minutos, mientras tú leías. Pregunta si te has olvidado de ella y dice que está dispuesta a trabajar contigo en cuanto despiertes y vayas a buscarla.

—Que se espere —gruñó Homer.... ¿Tenemos informes sobre ella?

—Desde luego —sonrió Gilehrist—. Más cortos que los de Slim Danaher. Ahí van.

Homer se dedicó a esta lectura, que apenas le llevó cuatro minutos. Cuando terminó, tenía el ceño fruncido en un gesto de irritación.

—Parece que es poco menos que una niña prodigio, ¿verdad? —refunfuñó.

—Es fácil comprender que Slim Danaher supiera elegir una secretaria a la altura de su prestigio y necesidades.

—Vaya con la niña... Sabe ruso, español, francés, judo... No tiene desperdicio.

—Y además es muy hermosa, ¿no? —sonrió Gilchrist.

—Psé...

—No olvides que te está esperando, para empezar a trabajar.

—Me revientan las chicas tan eficientes, señor.

—¿De qué te quejas? Es de esas que siempre lo tendrá todo a punto: tu bebida favorita, tu lectura, el ambiente adecuado, sabrosas cenas... Hasta es posible que incluso las zapatillas, cuando llegues cansado de algún trabajo.

—Supongo que para eso tendría que casarme con ella.

—Tienes ya treinta y cuatro años..., y la idea, a decir verdad, no me parece del todo mala.

—Antes de casarme con ella me hago el «harakiri»... Hasta luego, señor.

CAPÍTULO VII

Clarisa Taylor aparecía fresca como una rosa de primavera recién regada por el rocío. Tremenda, despampanante. Pero no de un modo provocado a base de ropas provocativas y posturas electrizantes, no... Simplemente, ella era así: tremenda, despampanante.

—Tiene ojos de sueño, señor Hardin.

—Ya me despejaré. ¿Está lista?

—Hace casi una hora que le estoy esperando. Apuesto a que usted ni siquiera se ha duchado.

—No he tenido tiempo.

—Estaría más despejado. Una ducha fría reanima y aviva la mente; tonifica la piel y los músculos, y la sangre se...

—Mire, mire, nena, yo ya sé todas esas cosas. Y nunca he necesitado que nadie me traiga las zapatillas.

—¿Qué zapatillas? —parpadeó Clarisa.

—Yo me entiendo —gruñó Homer—. Si ya está lista, bajemos. Hay mucho trabajo por hacer.

—Siempre a sus órdenes, valiente federal.

Homer la miró torvamente.

—Le sugiero que abandone su pitorreo, señorita Taylor.

—¿Mi qué?

—Su pitorreo. A menos que esté dispuesta a aceptar también mi sentido del humor.

Clarisa sonrió dulcemente.

—Me parece que su humor no es muy bueno esta mañana señor Hardin; de modo que vamos a dejarlo correr pacíficamente. Estoy a su disposición. Ah, recordé tres nombres más de personas relacionadas con los Danaher. Y precisamente uno de esos

matrimonios tiene un niño de siete años, si no recuerdo mal.

—Es usted muy eficiente, sí —masculló Homer—. Está bien, empezaremos por esa familia.

* * *

Cerca del mediodía, Homer Hardin entraba una vez más en su coche y se sentaba junto a Clarisa cuando ésta todavía se estaba acomodando, tras salir los dos de la cuarta casa visitada.

El

G-man

cogió la lista que llevaba en el tablier y marcó un asterisco junto al nombre.

—Bien —murmuró pensativamente—. Parece que no tenemos mucha suerte. Sólo queda una familia que tenga niños, según su lista, señorita Taylor.

—Tenga en cuenta que yo ignoro si algunas de las personas que quedan tienen niños, señor Hardin. Le indiqué las que sabía que tenían niños, pero supongo que habrá muchas más que los tengan.

—Sí... Pero eso iremos sabiéndolo a medida que los vayamos visitando. En el momento menos pensado... Perdone.

Sacó la radio de bolsillo, que había emitido el clásico zumbido de llamada. Apenas había abierto la admisión, oyó la voz del inspector Gilchrist.

—¿Homer?

—Diga, señor.

—Estés donde estés, trasládase ahora mismo al

12 567

de Pasadena Avenue. Es una pequeña villa blanca y roja, muy pintoresca y simpática.

—Sí, señor. ¿Ha ocurrido...?

—Te estoy esperando.

—Sí, se...

La comunicación se cortó bruscamente. Homer quedó con el ceño fruncido, un tanto inquieto.

—Parece que su jefe tiene prisa —comentó Clarisa.

—Algo importante ha ocurrido o está ocurriendo. De modo que iremos allá a toda marcha.

CAPÍTULO VIII

El cadáver estaba tendido de bruces en el suelo, cerca de la abierta ventana. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de estatura y complexión atlética; resultaba por demás evidente que había sido un hermoso ejemplar humano, de rostro inteligente, viril, recio... Muy bronceado por el sol, algunas canas en las sienes, mandíbula recia con una hendidura en el centro.

Muy alto, muy viril, muy hermoso... muy muerto.

Tenía una mejilla tocando el suelo, de modo que su cabeza había quedado ladeada. Y en la boca, claramente visibles todavía, los restos de una espesa espuma de color rojo.

Homer Hardin se incorporó y se quedó mirando atentamente al inspector Gilchrist.

—¿Y bien, señor? —musitó.

El inspector del FBI, soltó un gruñido.

—Supongo que has reparado en la espuma de color rojo, Homer.

El

G-man

asintió con la cabeza.

—Parece igual a la que tenía Slim Danaher en la boca cuando le encontré. Sólo que aquella espuma era de color verde y ésta es de color rojo.

—Así están las cosas —asintió Gilchrist.

—¿Así? ¿Cómo? ¿Cómo, señor?

—Pues así —refunfuñó Gilchrist—... Parece evidente que la cosa va adquiriendo... interés especial por parte nuestra. Opino que deberíamos descartar la hipótesis del suicidio.

—Sí... Sí, desde luego. ¿Quién encontró el cadáver? —señaló a una mujer que permanecía de pie, muy asustada, en un rincón del

pequeño y confortable *living*—. ¿Ella, quizá?

Había ya varios agentes del FBI especializados en localización de huellas buscando por la pequeña villa, tanto dentro como fuera, por el pequeño jardín, en el que había una diminuta piscina. La villa era en verdad pintoresca, de clásico estilo colonial español, con macizos de claveles y unos cuantos naranjos. Blanca, de tejado rojo. Por dentro, pese a su pequeñez, resultaba muy confortable y simpática. Quien vivía... o había vivido allí tenía gustos concretos, abundantes y especiales. Todo se veía abarrotado de cuadros, fotografías, libros, revistas; había también una estupenda discoteca, y al lado un formidable

«hi-fi»

estereofónico. Sillones, un sofá, pufs de fibra acrílica, alfombras ligeras... Todo abarrotado, pero con un resultado sorprendentemente agradable y acogedor.

La mujer señalada por Homer parecía tener unos cincuenta años, era algo gruesa, de ojos muy oscuros. No parecía muy inteligente, y sus ropas eran de mediana calidad, muy serias. Una de esas mujeres terriblemente vulgares que nadie mira dos veces jamás.

Gilchrist asintió con la cabeza.

—Se llama Mary Santaolalla. Ella estaba contratada por Elmer Bishop —señaló al muerto—, para atender la casa. Todas las mañanas, después de las diez, ella venía a limpiar y ordenar la casa. Hoy, cuando entró utilizando su llave, encontró «esto».

—¿Y llamó al FBI? —se extrañó Homer.

—No. A la policía. Pero Warren... Bueno el capitán Briggs, me llamó a mí. Anoche había estado hablando con él unos minutos, cuando pasó por la Delegación para saludarme. Briggs vino aquí, vio la espuma de color rojo y me llamó inmediatamente, dejando el asunto para nosotros.

—Entiendo. Habría que llamar al mismo forense que anoche...

—Ya está en camino. —Gilchrist miró su reloj, impaciente—... Es más: debería haber llegado.

—Ya vendrá. Bien..., ¿qué nos cuenta la señora Santaolalla sobre esto, señor? ¿Quiere que la interroge yo?

—No es necesario. Lo poco que puede decir ya me lo ha dicho a mí. Elmer Bishop —volvió a señalar el cadáver— era actor. Actualmente, estaba trabajando en una obra de Tennessee Williams

en el Culberston Theatre. Llegaba todas las noches un poco tarde, según parece. La señora Santaolalla venía hacia las diez de la mañana, entraba con su llave y empezaba a limpiar, lo más silenciosamente posible. Hacia las once, Helmer Bishop se levantaba, hacía un poco de gimnasia sueca, se daba un baño en la piscina o una ducha, leía durante una hora y luego se preparaba él mismo el almuerzo. Salía a pasear un rato. Por la tarde, se reunía con sus amigos, a veces aquí, a veces en los domicilios de otros. Luego iba a su trabajo al teatro, volvía tarde..., y vuelta a empezar. Una vida amena y agradable, según parece. La señora Santaolalla dice que era un buen actor, siempre feliz y contento de la vida, En cuanto a su modo de ser, no podía resultar más agradable y simpático, aparte de generoso. Alguna vez había traído aquí a una chica, pero eso no puede sorprendemos en un hombre a su edad, todavía joven; hay que tener en cuenta, además, que era guapo... Debía tener un notable éxito.

—Un hombre normal y feliz —musitó Homer—. Habría que pedir informes sobre él, por si...

—Los pedí ya —sonrió Gilchrist—. En estos momentos, ya se está investigando a Elmer Bishop. Ahí llega el forense.

Afuera se había detenido un auto y, efectivamente, el mismo forense que la noche anterior estuviera con los federales en el domicilio de Slim Danaher, caminaba hacia la casa, presuroso. Entró a los pocos segundos, saludó brevemente a Gilchrist y Homer y se acuclilló junto al cadáver.

Se quedó mirando, asombrado, aquella espuma roja en los labios del muerto. Miró un instante a los del FBI, dedicó de nuevo su atención a Elmer Bishop y, un minuto después, tras oler su boca y permanecer pensativo, miraba nuevamente a los federales, estupefacto.

—Espuma de color rojo... La de anoche era verde, inspector.

—Ya lo sé —gruñó el inspector—... ¿Obtiene alguna conclusión?

—Ninguna. Por el contrario, esto me confunde más.

—¿En qué sentido?

—Bueno... Hay gases venenosos que producen cierto espumaje en sus víctimas, pero suelen tener tintas características determinadas y fijas. Quiero decir que si el veneno llamado hipotéticamente «X» mata a mil personas, todas ellas tendrán en la boca espuma... del

mismo color. Y lo mismo si la muerte hubiese ocurrido por determinado gas: siempre las mismas características.

—Comprendo. ¿También diría usted que este hombre ha muerto... intoxicado?

—Desde luego.

—¿Igual que el de anoche?

—Exactamente igual. ¿Consiguió la autorización para la autopsia, inspector?

—Todavía no me he interesado por ello. Pero lo haré a partir de este mismo momento, ya que, actualmente, pensamos que esto sean asesinatos.

—¿Han terminado ya sus hombres con el cadáver?

—Sí. Puede disponer de él.

—Magnífico... Haré lo posible por darle un resultado antes de la noche. El caso me interesa personalmente.

Si no tiene inconveniente, dispondré ahora mismo del cadáver.

—Por supuesto. Cuanto más deprisa trabaje, más agradecido le estaremos.

—El coche llegará en seguida. Saldré a esperarlos.

—De acuerdo.

El forense salió de la casita. Se cruzó con dos

G-men

investigadores, que caminaban directos hacia Gilchrist, con el ceño fruncido.

—El niño —dijo uno.

—¿Qué niño? —respingó Homer.

—El de anoche. Ha estado en el jardín. Sus huellas, las mismas que en el jardín de Slim Danaher, están ahí fuera.

—¿Estás seguro? —musitó Gilchrist.

—Demonios, señor...

—Sí... Sí, está bien, hombre, perdona... Brand: quiero moldes de esas huellas, tanto en el jardín de Danaher como éste. Dedicaros a ello a toda prisa.

—Sí, señor.

—¿Habéis encontrado más huellas?

—Cientos, señor. Será un trabajo de chinos identificarlas por separado. Y no le digo nada clasificarlas... Hay tal montón de huellas superpuestas por todas partes, que será milagro si

obtenemos media docena que puedan servirnos.

—Está bien... Haced lo que podáis.

Brand se alejó y Homer comentó, acremente:

—Es uno de los inconvenientes de trabajar en lugares donde se reúnen muchas personas. Desde luego, es lógico que haya aquí cientos de huellas, señor.

—Sí... Elmer Bishop era muy sociable, tenía sus reuniones... Tendrás que conseguir de la señora Santaolalla una nueva lista, Homer.

—Sería más práctico meterme un listín telefónico en el bolsillo y empezar por la A —gruñó Homer—... Acabaré con los bolsillos llenos de listas, señor.

—Paciencia. Ya sabes que a veces la rutina y la paciencia dan buenos resultados.

Gilchrist se acercó más a la ventana, observando el coche de la Morgue, recién llegado. Dos camilleros sacaron la camilla y entraron en la casa en compañía del forense.

A éste le preguntó Homer, cuando lo tuvo cerca:

—¿A qué hora calcula que murió?

—Mmm..., provisionalmente, diré que hacia las cuatro de la madrugada. ¿Nos lo llevamos?

—Sí, sí...

Los camilleros le dieron la vuelta al cadáver y lo colocaron en la camilla.

Homer, que estaba mirando distraídamente a la silenciosa y un tanto sobrecogida Clarisa Taylor, vio una súbita expresión de sobresalto en el rostro de la muchacha.

—¿Qué le ocurre? —musitó—. ¿Se encuentra bien, señorita Taylor?

—Sí... Sí, sí... Yo, yo creo que conozco a ese hombre, señor Hardin.

Homer y Gilchrist la miraron vivamente.

—¿Está segura? Lleva aquí varios minutos y no había mencionado eso...

—Es que no veía bien su cara, como ahora...

—Claro... ¿De qué lo conoce, qué sabe de él...?

—No sé... Lo he visto... ¡Sí!

Homer la asió de un bracito y se quedó mirándola, entornados

los ojos.

—¿Dónde lo vio?

—Creo que lo he visto un par de veces, pero sólo irnos segundos, al cruzamos... La primera vez fue en el despacho del señor Danaher.

—¿Era cliente de Slim Danaher?

—No... No creo. Recordaría su nombre y lo habría visto el tiempo suficiente para haberlo reconocido en seguida. No... Fue una mañana... Hacia las once. Yo estaba con el señor Danaher en su despacho privado, y Louise, que estaba en la recepción, avisó al señor Danaher de que alguien que quería darle una agradable sorpresa estaba allí, esperando ser recibido, inmediatamente. Algo así. El señor Danaher dijo que podía perder un minuto en recibir una sorpresa agradable y autorizó la visita, pero indicándome que me quedase allí, por si necesitaba mi ayuda para desprenderme de algún posible pelmazo. Pero cuando este hombre entró...

—¿Qué ocurrió?

—El señor Danaher se puso en pie de un salto, gritando de alegría. Fue al encuentro del visitante, lo abrazó... Reían muchos los dos, y se daban fuertes palmadas en la espalda... Me di cuenta de que yo estaba sobrando allí y cuando me disponía a salir el señor Danaher me dijo que podía disponer del resto del día, que iba a cerrar el despacho. Dijo que Louise y yo podíamos irnos y no volver hasta el día siguiente.

—Parece que se tomó él fiesta también aquel día. ¿Se quedaron los dos allí?

—Estaban allí cuando Louise y yo nos fuimos, sí.

—¿Y cuándo lo vio la segunda vez?

—Eso fue en el domicilio privado del señor Danaher. Él y yo habíamos llegado allá a las seis, pues teníamos uno de esos trabajos largos de que le hable, y había que terminarlo para el día siguiente. El trabajo resultó mucho más fácil de lo que habíamos pensado, así que antes de las ocho me dijo que podía marcharme... Martha, su esposa, no estaba en casa en aquella ocasión. La vi llegar en su auto cuando yo iba a subir al mío. La saludé despidiéndome, desde lejos, y ella me contestó, alegremente. Luego gritó algo así como «¡Slim, mira a quién te traigo...!».

—¿Y era Elmer Bishop?

—Sí. Lo vi un instante nada más, cuando se apeaba del coche. Lo

recordé de la visita que hizo al despacho.

—¿Qué tiempo medió entre una y otra vez que usted vio a este hombre?

—No sé... Quizá un par de años, o poco menos.

Gilchrist y Homer quedaron pensativos. Por fin, se miraron y ambos encogieron los hombros.

—Parece evidente que eran buenos amigos. En cuanto a la desaparición de la señora Danaher, no será posible, supongo, culpar a Elmer Bishop, ya que ha muerto igual que Slim Danaher.

—¿Un cuarto en discordia, señor? —sugirió ásperamente Homer.

—Cualquiera sabe... Bien, pueden llevarse el cadáver. Yo me voy a la Delegación, Homer. Tú pregúntale nombres a la señora Santaolalla, y anótalos. Algo tiene que salir de todo esto.

Homer asintió con la cabeza, resignado. A veces, era necesario utilizar el bolígrafo en lugar de la pistola.

—En cuanto tenga esos nombres iré para allá, señor.

—No —negó Gilchrist—. Cuando tengas esos nombres, te vas con la señorita Taylor a almorzar...

—¿También tendrá que darme la comida? —gruñó Homer.

Clarisa lo miró entre sorprendida e irritada; Gilchrist sonrió burlonamente.

—Habrá que invitar a la señorita Taylor a almorzar, con cargo a la cuenta del FBI. Es lo menos que debemos hacer, para agradecer su colaboración. Y no la pierdas de vista, Homer: no olvides que tenemos a un niño sorprendente dando vueltas por jardines ajenos en plena noche... La señorita Taylor lo vio, así que hay que cuidarla.

—Lo que están haciendo ustedes es vigilarme —protestó Clarisa. Gilchrist la miró con reproche.

—Oh, vamos, señorita Taylor... Si quisiéramos vigilarla, estaría usted encerrada, aunque fuese en su apartamento. En cambio, está usted pasando un espléndido día de sol primaveral en compañía de un guapo muchacho como Homer. Usted nos hace un servicio..., y el FBI le concede durante un día el placer de pasear con uno de sus más guapos chicos. ¿No queda satisfecha?

—Preferiríairme a dormir la siesta —bostezó Clarisa, despectivamente.

—Pues... Bueno, eso está prohibido a un agente del FBI. No es

decente.

—¡Oiga...! —enrojeció Clarisa—. ¡Yo quería decir...!

Se calló, muy furiosa, porque los federales la miraban con una ironía evidente, aunque bien matizada de simpatía. Dio la vuelta, se alejó de ellos y se dejó caer con rabia en un sofá, hosca la expresión.

—Demonios, jefe —susurró Homer—. La ha dejado K. O.

—Hay que conocer a las mujeres: mano dura con ellas, Homer.

—¿Usted cree, señor?

—Sí, hombre, sí: ¡duro con ella!

—Ejem... Bueno, cuando haya almorzado con la señorita Taylor, iré a la Delegación a...

—Tampoco. Te vas al Culberston Theatre, con esa lista, y la completas. Luego te enteras de los domicilios de todos los actores que, junto con Elmer Bishop, están interviniendo en esa obra de Tennessee Williams. Y abre bien los oídos a cualquier chismorreo que circule por allí. ¿Entendido?

—Sí, señor. ¿Algo más?

Gilchrist miró hacia la enfurruñada Clarisa Taylor.

—Algo de índole... personal: si yo fuese tú, no me importaría que ella me pusiera las zapatillas.

—¡Bah! Procuraré estar cuanto antes en la Delegación, señor.

—Lo sé. Hasta luego, Homer.

CAPÍTULO IX

—Hola, Homer. ¿Qué tal, señorita Taylor?

—Mal —replicó Clarisa, adusta.

—¿No la ha invitado Homer a almorzar?

—La he invitado —dijo Homer—. Pero ella supone que un almuerzo es una diversión lenta, y yo tenía mucho trabajo que hacer.

—Ah, claro. —Gilchrist miró su reloj—. Has trabajado rápido en verdad. Homer. ¿Qué hay del teatro? Supongo que has estado allí.

—Desde luego. Estuve hablando con un empleado, ya que todavía no estaban los actores, naturalmente. Tengo la lista de todos, y los papeles que desempeñan en la obra. Y las direcciones de sus domicilios... En cuanto a chismorreos, señor, ni uno solo. Elmer Bishop era uno de los primeros actores de esa compañía teatral, y lo hacía muy bien. Todos le querían de veras.

—¿Has dicho que está muerto? —se alarmó Gilchrist.

—No, no... He hablado de él en presente.

—Ajá. ¿Qué conclusión has obtenido de esa compañía de teatro?

—Elmer Bishop era uno de los dos socios propietarios. El otro se llama Clinton Sherwood. La compañía lleva el nombre de Bisher obtenido con los apellidos de ambos: Bishop-Sherwood. Todo les va muy bien, no hay rencillas ni envidias profesionales, tienen mucho éxito... Nada interesante, de momento.

—De modo que Elmer Bishop tenía un socio... —se quedaron mirándose los dos, y Gilchrist acabó moviendo negativamente la cabeza—. ¿No, verdad? Sería demasiado fácil y vulgar que un socio matase a otro. Además, Slim Danaher, por ejemplo, no tenía ningún socio... ¿O quizá lo tenía, señorita Taylor?

—No.

—Bien... Ya tengo los informes sobre Elmer Bishop y quisiera que te fijaras en... Un momento —había sonado el interfono y Gilchrist admitió la llamada—. ¿Dime, Rick?

—El doctor Wharton, señor. Quiere verle.

—Que pase inmediatamente.

Gilchrist subió la clavija y se quedó mirando hacia la puerta, que se abrió apenas cinco segundos después. El forense apareció en ella, con un gran sobre de color amarillo bajo un brazo.

No parecía precisamente satisfecho.

—¿Qué tal, doctor? —saludó Gilchrist—. Parece que todos estamos trabajando a la máxima velocidad... Siéntese, por favor.

—Lo que tengo que decir es muy breve —masculló Wharton—. La verdad es que no tengo casi nada que decir.

—Casi es algo. ¿No ha podido saber las causas de las dos muertes?

El forense dejó el sobre ante Gilchrist.

—No hay gran cosa aquí dentro —aclaró—. Puedo decírselo verbalmente..., y con muy pocas palabras.

—Adelante. Le escuchamos.

—Fue gas. Los dos murieron por efectos del mismo gas. Un gas muy fuerte, casi instantáneo.

—Ya... ¿Cómo cree usted que pudieron... absorberlo?...

—No tengo la menor idea.

—Bueno... Quizá en la cocina, o... ¿Era otra clase de gas?

—Por completo diferente.

—Bien... ¿De qué gas se trata entonces?

—No lo sé. Y no llame al laboratorio, porque le darán la misma respuesta. Los efectos de ese gas no constan en ningún tratado.

—¿Está diciéndome que es un gas nuevo..., desconocido?

—Eso estoy diciendo.

—Vaya... Bueno, al menos sabrá usted las causas de que la espuma que tenía Danaher en la boca fuese verde y la que tenía Bishop fuese roja...

—Tampoco eso. Lo siento, inspector. Todo lo que puedo decirle es que murieron por efectos de un gas letal casi fulminante... y desconocido. Lo siento de veras.

—Lo tomaremos con calma. ¿Ratifica usted la hora de la muerte?

—Eso sí. Hacia las cuatro de la madrugada. Pudo ser las cuatro menos cuarto o las cuatro y cuarto.

—Con lo que se demuestra que el señor Bishop era un hombre... trasnochador, ya que estaba vestido de calle. Seguramente, tuvo alguna reunión de amigos anoche, y se marcharon tarde... Eso indicaba el desorden de la casa, al menos. Se marcharon los invitados... y él murió. No tenemos muchos datos, ¿verdad?

—Con la lista que tengo... —empezó Homer.

—Ya interrogaremos a los amigos de Elmer Bishop. Antes, quiero que leas su informe personal.

—¿Me necesitan para algo más? —preguntó Wharton.

—No, no... Muchas gracias por su trabajo, doctor.

—De nada —gruñó Wharton—. De verdad que de nada. Espero que me tenga al corriente de este asunto.

—Sin duda.

—Hasta la vista.

—Adiós...

El forense salió del despacho de Gilchrist y éste tendió un sobre a Homer, que se apresuró a abrirlo.

—Casi puedes ahorrarte tiempo y trabajo, Homer: ya conoces esa historia.

—¿La historia personal de Elmer Bishop? No comprendo, señor...

—Nació hace cuarenta y cinco años en Bakersfield, California. Asistió a la escuela de allá, luego a la University Southern of California, de Los Ángeles, y estuvo en el Pacífico cuando la Segunda Guerra Mundial. Buena persona, buenos amigos, honrado, formidable... Fue capitán del Marine Corps. Valiente, inteligente... Soltero.

Holmer Hardin se quedó mirando fijamente a su jefe.

—Soltero... Parece que es lo único que lo diferencia de Slim Danaher, ¿no es así, señor?

—En efecto.

—Y ambos habían nacido en Bakersfield... No cabe duda de que debían ser muy buenos amigos. De la infancia, posiblemente. Jugaron juntos, estudiaron juntos, hicieron la guerra juntos... A eso le llamo yo una sólida y larga amistad, de las que valen la pena.

—Eso parece.

—También parece que Danaher y Bishop se querían mucho, señor. Y para terminar, podemos suponer que hay alguien que no los quería mucho a ellos.

—Perfecto, Homer. Como teoría, se entiende. ¿Qué crees que debes hacer ahora?

—Un viaje en auto, señor. De aquí a Bakersfield hay apenas cien millas. Una distancia considerable relativamente, ya que quizá si yo voy allí nos ahorramos muchas molestias y trabajos en Los Ángeles.

—Eres un buen agente, Homer —aprobó Gilchrist—: Llevarás esto en el coche. Quizá te sea de utilidad.

Sacó un bulto envuelto en sólido papel y lo colocó cuidadosamente sobre la mesa. Lo destapó y mientras Homer aprobaba con la cabeza, Clarisa asombrada por aquello y por la velocidad de intercambio de pensamientos entre los dos hombres preguntó:

—¿Qué es eso?

—Una variedad de yeso, más o menos especial —sonrió Gilchrist—. Si lo observa con atención, verá marcas en él. Marcas pequeñas, que...

—¿Las huellas que dejó el niño en el jardín?

—Ajá. Se obtuvo un vaciado de ellas. Supongo que en Bakersfield habrá niños, hijos de viejos amigos de Slim Danaher y Elmer Bishop. Habrá que probar sus zapatos en estas marcas.

—Como en La Cenicienta —sonrió Homer.

Clarisa Taylor frunció el ceño.

—¿Significa eso que yo tendré que ir con el señor Hardin a Bakersfield, por si puedo identificar al niño?

Clarisa miró rápidamente, de reojo, al G-man.

—Bueno, realmente, señorita Taylor, estamos abusando de usted, lo sé. —Gilchrist la miró fijamente—. Por supuesto puede negarse a colaborar, si la compañía de Holmer le resulta tan desagradable.

—Está bien —aceptó—. Seguiré colaborando con el FBI.

—No sabe cuánto se lo agradecemos. ¿Verdad, Homer?

—Sí claro —rezongó el agente—: Se lo agradecemos mucho.

—Su entusiasmo alegra mi corazón —dijo Clarisa.

—¿Qué otra cosa espera? —replicó adustamente Homer—.

¿Acaso se figura que siempre voy a ser tan tonto como anoche?

—¿Qué pasó anoche? —preguntó Gilchrist, regocijado.

—Nada, nada, señor... Nada.

—No es cierto —negó Clarisa—: El señor Hardin quiso besarme, inspector.

—¿De veras? —exclamó Gilchrist—. Y... ¿qué pasó?

—Pues que no se lo permití, naturalmente. Desde entonces, él está disgustado conmigo.

—Hombre, Homer... —censuró el jefe.

—Ella me provocó —gruñó el agente—. Quería divertirse un rato, y... Qué demonios, ésta no es conversación para sostener en este lugar entre hombres del FBI, así que...

Gilchrist sonreía irónicamente, en verdad divertido.

—Ya sabes que yo soy como un padre para todos vosotros... Cuenta, cuenta...

Homer Hardin soltó un bufido. Se puso en pie, sintiéndose en ridículo como nunca en su vida, y arrambló con las piezas de yeso moldeadas y se dirigió a la puerta. La abrió y se volvió, mirando enfurruñado a su jefe.

—Le tendré al corriente, señor, por supuesto. Hasta la vista. ¿Usted viene o qué...?

Salió del despacho. Clarisa Taylor estuvo un par de segundos mirando hacia la puerta, y luego miró a Gilchrist.

—¿Lo ve, inspector? Es un grosero.

—Está enfadado... —disculpó paternalmente Gilchrist—. No se debe ceder, sin embargo.

—¿Ceder? No comprendo...

—Los hombres, hijita, necesitan mucha mano dura.

—¿Mano dura? ¿Con él?

—Sí, sí... Con él, y con todos. Duro con él. Nada de concesiones... Mano dura, créame.

—Bueno... Quizá dé resultado...

—Sin duda. Pero dese prisa, o la dejará en tierra.

—Oh, sí... Adiós, inspector... Y gracias.

—Mano dura, no lo olvide.

Clarisa salió del despacho, dejando a Gilchrist poco menos que riendo a carcajadas. Pero, de pronto, su rostro quedó serio y movió una de las clavijas del interfono.

—Diga, señor.

—Rick, avisa a Foreman y a Daniel, que vengan inmediatamente. Luego, procúrame tres entradas para el teatro...

—¿Va a ir al teatro, señor? —exclamó su ayudante.

—Hacen una de Tennessee Williams, de modo que valdrá la pena. Es en el Culberston Theatre.

—Espero que se divierta, señor.

—Lo intentaré. De todas maneras, no podemos dejar que todo lo haga Homer, ¿no te parece?

CAPÍTULO X

Rumbo a Bakersfield, a casi setenta millas por hora por la Nacional 99, cruzando en aquel momento las últimas estribaciones de los Montes Teachapi, Clarisa Taylor dijo, de pronto:

—Espero que no recurra ahora al truco de que se le ha terminado la gasolina, valiente federal.

Homer la miró de reojo y soltó un gruñido.

—Me está usted fastidiando... Llevamos sesenta millas de viaje sin abrir la boca más que para fumar y lo primero que se le ocurre es una tontería.

—¿Le parecería una tontería quedarse detenido en un lugar como éste?

—¿Qué tiene este lugar?

—Es hermoso. Un poco salvaje, pero hermoso..., ¿no?

—Psé. Son montañas y una carretera.

—Ya veo que usted no es romántico, señor Hardin.

—¿Para qué?

—Pues no sé... Con este bonito sol que se va hacia el mar, el agreste paisaje, la velocidad, aquellas pocas nubes blancas...

—Todo eso es bonito en buena compañía —lanzó el agente.

—Decididamente, es usted un grosero.

—Donde las dan las toman, nena. Y si no le gusta mi actitud, nos bajamos ahora mismo y nos rompemos la cara en mía pelea de judo. ¿Qué decide?

—Si no fuese por el inspector Gilchrist, me apeaba ahora mismo y dejaba que usted se las arreglase solo.

—Lo he hecho muchas veces. Por mí, puede salir del coche cuando quiera. Pero no me pida que pare: tengo mucha prisa.

—Bruto.

—No me distraiga. A esta velocidad tengo que centrarme en la carretera, si queremos tener probabilidades de llegar a Bakersfield con vida y enteros.

* * *

En Bakersfield algunas personas recordaron a los Bishop, y a los Danaher, pero muy vagamente. Por fin, preguntando por todas partes, alguien les envió a una bonita casa de la zona más selecta, asegurándoles que el único que podría complacerles en sus requerimientos, mucho más que el propio comisario, era el viejo Joe.

Y el viejo vivía en una hermosa casa, con vallitas blancas rodeando el jardín de bien cuidado césped y con altísimos eucaliptos. El porche también era blanco, con algunas flores, se veían visillos alegres en las ventanas.

La puerta fue abierta por una muchacha que hizo fruncir el ceño a Clarisa Taylor, pero que alegró considerablemente la expresión del agente del FBI. Era rubia, más bien alta, erguida, bien desarrollada y sonreía muy amablemente, estirando sus gorditos labios sonrosados. Llevaba un uniforme blanco; de enfermera, según parecía.

Miró a ambos, pero pronto se desentendió de Clarisa para mirar sonriente al agente.

—¿Diga, señor?

—Quisiera ver al viejo Joe... Mmm... Bueno, al señor Joseph Groves, quiero decir, por supuesto... —el agente sonreía de oreja a oreja—. ¿Es usted de la familia, señorita...?

—Soy su enfermera —amplió su sonrisa la sugestiva rubita—. Mi nombre es Amanda.

—Encantado. Yo soy Homer Hardin... Oh, me acompaña la señorita Taylor. ¿Cree que el señor Groves está en condiciones de recibirnos? Ya sé que un poco tarde es, pero...

—El viejo Joe les recibirá, porque siempre está deseando que alguien venga a charlar con él. Y no le digan «señor Groves», sino, precisamente, viejo Joe. Le gusta, le encanta. Dice que así le parece que todos son amigos suyos.

—No está mal pensado. Espero que el viejo Joe no esté enfermo de gravedad...

—Está fuerte como una montaña. Pero vive solo, quiere cuidarse y, como tiene mucho dinero, puede permitirse el lujo de pagarse una enfermera, que además le sirve de compañía. Pasen, por favor.

Homer adelantó un paso, pero se detuvo en seco para mirar a Clarisa como si hubiese recordado de pronto su presencia. Se apartó, señalando hacia el interior, y la muchacha pasó con gesto agrio, mirando de reojo a la bella enfermerita rubia.

—El viejo Joe está con sus peces... Le diré que tiene visita.

—Por favor, dígame que precisamos urgentemente conversar con él.

—Es lo que más le gusta; así que delo por hecho, señor Hardin.

—Puede llamarme el viejo Homer, si quiere —sugirió Homer.

La enfermera desapareció por una puerta, riendo. Reapareció antes de quince segundos y les hizo señas de que entrasen. Se encontraron en una estancia grande, sin más luz que la de las grandes peceras rectangulares. Casi una docena de grandes peceras con luz interior, temperatura adecuada a los peces que contenía, renovación constante del agua... Se veía todo muy bonito, con luces de diversos colores, según el pez de que se tratase, y también había pequeñas plantas acuáticas, alguna estrella de mar diminuta... Todo estaba bien dispuesto, en tres filas. Era como encontrarse de pronto en un mundo tropical lleno de alegre colorido.

Un hombre pequeñajo, algo encorvado, de gran cabellera blanca y revuelta, se acercaba con simpático apresuramiento, alzando las manos por encima de la cabeza. Llevaba un bonito batín de seda, de alegres colores. Parecía un niño feliz de ochenta años.

—Bienvenidos, bienvenidos... —exclamaba—. Me da mucho gusto recibirles.

Llegó ante ellos y tendió su mano primero a Clarisa y luego a Homer, estrechándolas efusivamente, alegremente.

—Mi nombre es Homer Hardin, señor Groves. Ella es...

—¡Muchacho, eso salta a la vista...! Tiene usted una esposa muy muy muy linda...

—Emmm... Temo que se equivoca, señor Groves. Ella se llama Clarisa Taylor. Es una... colaboradora con cierto trabajo.

—¿No es su esposa? —se decepcionó Joseph Groves.

—¡Ni mucho menos! —pareció asustarse Homer, ganándose una fulminante mirada de Clarisa.

—Vaya... Es una pena, de veras... Forman una pareja estupenda.

—Sí, quizá... Pero a mí me gustan las rubias, señor Groves. Y la señorita Taylor, como usted ve, es morena.

Amanda sonrió, Clarisa frunció el ceño aún más y el viejo Joe rió cascadamente.

—¡Ah, esta juventud está degenerando, perdiendo facultades...! A su edad, joven, a mí me gustaban todas, todas. ¡Todas! Vaya... Y aunque me esté mal decirlo, ahora también me gustan todas. Pero, claro, a los ochenta y tres años, yo sólo serviría para hacer bulto en la cama. Oh, perdón... ¿He dicho algo demasiado... fuerte...?

—No importa, señor Groves... —sonrió Homer—. Si me lo permite, lo llamaré Joe... El viejo Joe, el simpático Joe...

Los cansados ojos del anciano se iluminaron.

—¿Me conoce? —se excitó.

—¡Por favor...! ¿Quién no conoce al viejo Joe?

—Je, je... ¿Verdad? Pero este pueblo está perdiendo... humanidad. Muy pocas personas vienen a verme. Dicen que hablo demasiado y que estoy chiflado por mis peces... ¿Le gustan los peces, jovencito?

Homer pensó que a sus treinta y cuatro años podía ser llamado jovencito, ciertamente, por el viejo Joe.

—Me encantan... Y observo que tiene usted unos bellos ejemplares de carpas japonesas, Joe. Y si no me equivoco, allá veo un *Gobius Jozo*... Ooooh... Dígame: ¿no es aquél un pez luchador de China, Joe?

Joseph Groves gemía de pura felicidad.

—Venga, venga... ¡No se lo va a creer, joven! ¡Venga por aquí, venga...!

Casi echó a correr hacia el fondo del gran cuarto destinado a pecera. Homer se fue tras él, resignado, y Clarisa se colocó a su lado, tirándole de una manga.

—¿De verdad entiende usted de peces? —susurró.

—Naturalmente.

—¿Sí? ¿Cuál es éste? ¿Y éste...?

—*Carasius auratus*... —señaló Homer—. Es una variedad del pez llamado «Cabeza de León». Y esos otros, tan oscuros y finos, son bellos ejemplares de *Ammodytes*... ¿Correcto, Joe?

—¡Correcto, correcto! —reía Groves—. Pero venga... ¡Quiero

enseñarle mis ejemplares más curiosos! Les tengo aparte, estudiándolos día a día... ¡Dígame si no es formidable!

Llegaron al fondo. En una pecera de aguas poco iluminadas se veía un pez de unas ocho pulgadas, de un tono verde claro, estilizado, con una bonita aleta dorsal completa, nadando mansamente sobre algunas piedras y flora acuática. En la parte superior de la cabeza se veían dos pequeñas formas violáceas.

—¿Lo conoce? ¿Lo conoce?

—Mmmm... Bueno, yo juraría que es un joven ejemplar de *Labrus berggylta*, Joe... ¿Sí?

—¡Exacto! —aulló Groves—. Y ahora..., ¿qué ve encima de él, en la parte superior de la cabeza?

—No sé... Francamente, no consigo reconocer...

—¡Dos ejemplares de *Anilocra physodes*!

—Ah...

—Le aseguro que son las auténticas *Anilocra mediterránea*. Y, como usted habrá comprendido, no son precisamente de las especies libres, sino de las parasitarias... ¡Y son más!

—Fabuloso... —musitó Homer—. En verdad fabuloso, Joe. Espero que no tenga contratiempos respecto a sus cuidados. Los cuales, claro, están en línea directa con los que proporcione a *Labrus berggylta*. Yo... la mentó no disponer de mucho tiempo para conversar sobre esto ahora, Joe.

Joseph Groves lo miró hondamente decepcionado.

—¿Usted tampoco tiene tiempo? —murmuró.

—Para hablar de peces, no —sonrió Homer—. Pero me gustaría hacerle algunas preguntas sobre personas que vivieron hace bastantes años en Bakersfield. ¿Cómo está su memoria?

—¿Cuántos años hace de eso?

—Pongamos... veinticinco o treinta.

—¡Mi memoria es excelente! Si me hubiese preguntado por cosas que pasaron ayer, no las recordaría... Ya sabe que los viejos estamos un poco desconectados con el tiempo... ¿Quiere tomar algo, joven? Será un placer invitarlo a un buen *whisky*. Yo beberé leche, claro... Pero usted va a beber de mi mejor *whisky*... ¿Sí?

Homer Hardin vaciló apenas un segundo.

—Naturalmente, Joe. Estoy seguro de que quedará encantado de ése estupendo *whisky* que usted tiene escondido para los amigos.

—Venga, venga por aquí, jovencito...

Clarisa volvió a tirar de una manga del G-man.

—Creí que los agentes del FBI tenían prohibido beber en sus servicios, señor Hardin.

—Es cierto. Pero una de las pocas cosas que en el FBI no están prohibidas es alegrar durante unos minutos la vida de cualquier persona. Aunque supongo que usted no entiende esto, señorita Taylor.

Se desasíó suavemente y se fue en pos de Joseph Groves.

CAPÍTULO XI

—¿Los Danaher? ¿Los Bishop? ¡Naturalmente que los recuerdo, muchacho! Eran de lo mejor de Bakersfield, en los viejos tiempos. Buenas familias, siempre amables... Ah, demonios, demonios... Eran de esa clase de gente que ya no queda en este pueblo inundado por la incomprensión. Vaya si los recuerdo, sí... Éramos vecinos. Pero, ya sabe; el tiempo pasa, la gente se dispersa, las familias se acaban... Es una lástima, ¿no le parece?

Homer asintió con la cabeza. Estaban ahora en el *living*, donde había algunas jaulas con pájaros y muchas fotografías de especies raras de peces, a todo color. Era un lugar anticuado, pero con ese agradable ambiente de las viejas casas felices. Enormes sillones, cortinas demasiado gruesas y coloridas, un sofá grandísimo, alfombras... Hasta había una gran chimenea, en la que se veían unos cuantos troncos, posiblemente a la espera del invierno.

—Todo lo que queda atrás es una lástima, Joe —asintió el agente federal—. Pero siempre hay que mirar hacia delante. En general, supongo que los que se fueron de Bakersfield supieron vivir en cualquier otro lugar de su elección.

—Oh, sí... Claro que sí.

—¿Usted recuerda al último de los Danaher?

—Slim Danaher. Un chico magnífico. ¡Vaya si lo recuerdo! Mmm... Se casó hace unos veinte años con Martha Follingsbee y se fueron a vivir a Los Ángeles. El muy granuja se llevó a la chica más linda de Bakersfield. Si no recuerdo mal, era abogado... ¿Qué hace ahora?

—Pues... sigue siendo abogado. Y de gran éxito.

—No me extraña... Era el chico más despierto que jamás he conocido. Muy educado. Usted ya sabe, joven: uno de esos

muchachos bien educados desde la cuna, con buenos principios, moralidad, sentimientos humanos... Ha habido muy buena gente aquí, en Bakersfield. ¿No le gusta mi *whisky*?

Homer bebió otro sorbito y sonrió.

—Hace falta estar loco para no apreciar la calidad de este viejo brebaje, Joe. Apuesto a que lo tiene escondido desde hace más de diez años.

—¡Veinticinco! —rió Groves—. De cuando en cuando bebo un par de gotas. Bebería más, pero, como dice mi médico: más valen diez años sin *whisky*, que diez días con *whisky*. Los médicos son listos... Y hablando de médicos... ¿Conoce usted a Leían Crawford?

—Temo que no.

—Un médico sensacional. Está ahora, si las cosas no han cambiado, en Los Ángeles... Tiene allá una consulta por todo lo alto, vaya que sí. Me extraña que no lo conozca, porque él y Slim Danaher son muy amigos. Y también son muy amigos con Elmer Bishop. Una de esas viejas y raras amistades que siempre duran, ocurra lo que ocurra.

—Precisamente de eso quería yo hablar, Joe: de los amigos de Danaher y Bishop. Ha mencionado usted a Leland Crawford... ¿Recuerda a alguno más?

—Bueno... Eran pocos, porque ellos pertenecían a esa clase de gente cuyo... ambiente social está muy ligado entre sí y algo alejado de personas más pobres. No crea que con esto quiero decir que despreciaban a los pobres. Al contrario. Lo que pasa es que, normalmente, la gente se relaciona con sus vecinos más... similares. ¿Me entiende usted?

—Por completo. Parece que los Danaher, los Bishop, los Crawford, tenían su círculo de amistades... ¿Correcto?

—Correcto.

—¿Usted los recuerda a todos?

—¡Claro que sí! Bien... Algunas de esas familias se extinguieron, ciertamente. Pasan desgracias, accidentes... Toda esa serie de pequeños detalles que dejan unos recuerdos nostálgicos a un viejo solitario.

—Claro... Dígame, Joe: ¿a quiénes recuerda usted, aparte de los mencionados hasta ahora?

—¿Vivos?

—Sí, sí, desde luego... Dejemos en paz a los muertos.

—Vamos a ver... Es claro que puedo olvidarme alguno... Aunque mejor estaría decir que he perdido la pista de alguno...

—Dígame los que usted recuerde que estén viviendo en Los Ángeles.

—... Slim Danaher, Elmer Bishop, Leland Crawford, Melvin Sorrels... Ah, y Robert Glenway... Y también Martha, naturalmente. Respecto a Robert Glenway... —Groves soltó una risita divertida—. ¡Era un muchacho travieso como un mico! Tenía una imaginación que espantaba. Era capaz de emborrachar un perro, por ejemplo. O de presentarse disfrazado de fantasma a la pobre señora Galloway... Una tarde fue a pedirle galletas y la buena señora Galloway lo llevó a la cocina, encantada... Cuando abrió la lata de las galletas, una rana le saltó a la cabeza... ¡Je, je, je, je...! Ese diablo de Bobbie había entrado antes en la casa y le había puesto la rana allí... Fue una historia que recorrió todo Bakersfield. Creo que Robert Glenway es ahora escritor, o periodista, o ambas cosas, no estoy seguro. Me envió un cuento hace unos... doce años, dedicado a mí. Lo tituló El viejo Joe que vive delante de mi casa. Jamás en la vida me he reído tanto.

—¿No recuerda a nadie más?

—¿Del grupo? No... No, no. Hubo algunos más, claro, pero sé que todos ellos murieron... Hay dos en Europa... Además, el grupo selecto, de familias millonarias, era en verdad reducido. Que yo sepa, solamente éstos están vivos. Pero, muchacha, comprende que no puedo saberlo todo... ¿Qué está apuntando?

—Los nombres... —sonrió Homer—. ¿Sabe usted sus direcciones?

—No. No, no... Bueno, creo que Bishop se hizo actor... Muy bien actor... Ahí, sí: Slim vive en Alhambra, me parece... No sé. Son pequeños detalles a los que no presto atención.

—Comprendo. Emmm... ¿Diría usted que entre estos muchachos hubo en alguna ocasión motivos para rencores, odios, envidias...? Cosas de ésas.

—¡Nunca! ¡Eran todos formidables! Se querían mucho...

—¿Todos y entre todos?

—Sin lugar a dudas... ¿Otro *whisky*?

—No, no, gracias... Por favor, Joe: si usted tuviese que definir

ese alegre grupo juvenil..., ¿cómo lo haría?

—Pues... Bueno, yo diría que todos ellos fueron chicos normales que tuvieron una infancia normal y tranquila... Pero espere... Bueno, es una tontería, claro...

—¿Qué cosa? —se alertó Homer.

—Melvin Sorrels... Sí, fue él, estoy seguro... Melvin Sorrels estuvo un par de años enfermo... Me parece que fue poliomielitis, o algo parecido... Esto, claro, le privó de retozar con la pandilla durante ese tiempo. Es el único que tuvo... un pequeño lapsus en su vida feliz y despreocupada. Pero se curó... Sí, se curó. Tuvo suerte.

Homer Hardin se decepcionó, pero todavía insistió:

—¿Tuvo eso alguna repercusión en su vida familiar o con sus amigos...?

—Ninguna. No que yo sepa, al menos. Le pusieron un apodo... Era un apodo simpático, que me hacía reír...

—¿Qué apodo?

—No va usted a creerlo, joven, pero... no lo recuerdo. Sé que era algo simpático... No. No lo recuerdo, lo siento.

—No se preocupe. En definitiva: ninguno de esos chicos supervivientes del grupo tenía nada contra uno o varios del mismo grupo.

—Si así es o fue, yo jamás me enteré.

—¿Todos eran de familias adineradas, todos llevaban una vida normal, todos eran buenos amigos...?

—Sí, sí.

El agente del FBI lanzó un tiro al azar.

—¿Usted sabe si alguno de ellos inventó algo?

—¿Cómo?

—Inventar algo... Descubrir algo nuevo: un juego, una bebida refrescante, un juego de manos, una diversión diferente... Cualquier cosa que pudiera hacer pensar que más adelante podría ser... inventor de cualquier cosa.

—Robert Glenway tenía una imaginación desbordada... Pero no supe nunca que inventase algo. Bueno, ya inventa novelas, o artículos, o cosas así, no sé... ¿A qué cosa se refiere usted concretamente?

—A nada concreto. Pongamos, por ejemplo, un gas. ¿Alguno de ellos pudo haber dado muestras de ser capaz de inventar un gas,

pongo por ejemplo, insisto?

—No. No, no... Y menos que nadie. Robert Glenway. Él podía inventar la mayor travesura jamás soñada. ¿Un gas...? Bueno, tenemos a Leland Crawford, que hoy es médico. Quizá durante sus estudios pudo tener ocasión de inventar algo... No sé, la verdad. Recuerdo que una vez, Slim Danaher se cayó de un árbol del jardín de la señora Galloway, pobrecilla, que se pasaba el día soportando a aquellos diablejos... Slim se lastimó una pierna... Se dislocó el tobillo, o algo parecido. Leland cogió en seguida una rama y un cordel y le dijo que lo iba a curar, entablillándole la pierna. Y lo hizo. Menos mal que Slim fue llevado inmediatamente a la clínica... ¡Je, je!

—¿Sabe usted si alguno de esos viejos amigos tiene ahora un hijo de seis u ocho años?

—¿De ocho años? No creo... Todos ellos están ahora alrededor de los cuarenta y cinco. Es claro que pueden haberse casado siendo ya mayores... No sé. Pero no lo creo.

—Respecto a Martha Follingsbee, Joe: ¿ella fue siempre, incluso de niños, la... novia de Slim Danaher?

—Oh, sí... Cosas de niños, que terminó bien.

—Pero Martha era muy bonita, ¿no? Seguramente, no era solamente Slim quien le tiraba de las trenzas... Usted ya me entiende.

—Lo entiendo, lo entiendo... No, claro que no... La verdad es que todos estaban enamorados de Martha.

—¿Todos?

—Absolutamente todos. Pero no sólo los del grupo, sino todos los chicos de Bakersfield. Slim Danaher le rompió las narices a más de uno por ese motivo.

—¿De los de su grupo?

—Mmm... No. Los de su grupo aceptaban las cosas. Chicos que se acercaban a Martha, ajenos al grupo. La esperaban en la escuela, la querían llevar los libros, luego la asediaban en los bailes... Esas cosas de muchachos.

—¿Pero los del grupo también querían a Martha?

—A su manera juvenil, sí. Todos querían a Martha.

Homer Hardin se rascó la nuca, embarullado consigo mismo. Se estaba metiendo en un callejón que no parecía tener salida. Todo lo

que le estaba contando el viejo Joe eran las clásicas historias de las pequeñas localidades: chicos y chicas, travesuras, grupos de amigos... Bien. Al menos tenía tres nombres interesantes: Leían Crawford, Melvin Sorrels y Robert Glenway. Por supuesto, el FBI los localizaría muy pronto incluso en una ciudad como Los Ángeles.

Estuvo todavía un cuarto de hora conversando con el locuaz viejo Joe, que bebía su leche como si fuese el más formidable *whisky* del mundo; en la vida no hay medicina mejor que saber conformarse con la suerte de cada uno. Y a los ochenta y tres años, poder beber leche ya es mucho: significa, ni más ni menos, que se está vivo. Y, como seguramente diría el médico del viejo Joe, «más vale beber leche que no poder beber nada».

Finalmente, el

G-man

se despidió del simpático anciano, que se empeñó, sin disuasión posible, en acompañarlo hasta la puerta, obteniendo de Homer la promesa de que en otra ocasión le visitaría para hablar sobre personas y sobre peces.

—Y si yo fuese usted —acabó el templadísimo anciano—, no la dejaría escapar aunque sea morena.

—Lo tendré en cuenta, Joe... —sonrió Homer, mirando de reojo a Clarisa—. Hasta la vista.

—Adiós. Ah, oiga, qué demonios... ¿Por qué me ha hecho tantas preguntas?

—Se lo explicaré la próxima vez que nos veamos.

—Estupendo. Hasta entonces, jovencito.

—Adiós...

CAPÍTULO XII

Cuando entraron los dos en el coche, ya era de noche. El G-man

no estaba precisamente de buen humor y Clarisa lo notó.

—No ha conseguido nada, ¿verdad?

—No lo sé.

—Podríamos preguntar a más gente sobre...

—Sería inútil. He sonsacado bien al viejo Joe. Si él no lo sabe, nadie lo sabrá. Me refiero a lo de viejos tiempos. Las rencillas o envidias actuales entre esos componentes del feliz grupo pueden saberlas gentes de Los Ángeles, no de Bakersfield.

—Claro... ¿Qué hacemos?

—Volver a casa.

—¿Sin cenar?

Homer la miró hoscamente.

—Usted sólo piensa en comer, nena. Va a perder la silueta.

—¿Qué silueta?

—Pues esa silueta que... Oh, vamos a olvidarlo. Nos pondremos en marcha hacia Los Ángeles ahora mismo y tomaremos un bocadillo en cualquier parador, por el camino.

—Una cena deliciosa, según parece.

—Si lo que quiere es divertirse, busque a otro. Yo estoy trabajando.

Puso el coche en marcha, irritado. Bien sabía que Clarisa no tenía la culpa de nada. Y sabía también que hacerse ilusiones respecto a una posible pista no es conveniente. Decididamente, concluyó el agente federal, con quien estaba enfadado, también injustamente, era consigo mismo.

Dejaron Bakersfield atrás, muy pronto. La salida de la localidad

era bonita, con amplia pista muy fina, bordeaba de altos árboles. Había tres millas o poco menos así, bien iluminada. Luego, la carretera normal, que precisaba de los faros del coche. El terreno era un poco más árido y ya sólo se veían irnos pocos árboles, muy separados entre sí...

Hacia uno de esos árboles aislados se desvió, de pronto, el coche que conducía el

G-man,

al salir de una amplia curva por completo inofensiva. Clarisa miró el árbol, miró a Homer, vio su rostro tenso, las manos apretando el volante, moviéndolo frenéticamente...

—¿Qué hace? —exclamó—. ¡Nos vamos hacia...!

Homer Hardin movía el volante a toda prisa, a derecha e izquierda, frenéticamente, pero el coche, lanzado casi a cincuenta millas por hora, continuaba directo hacia el grueso árbol. El

G-man

metió el pie en el freno con toda su fuerza y los neumáticos chirriaron fuertemente en la carretera...

—Salte... —jadeó Homer—. ¡Salte, Clarisa! ¡Salte!

La muchacha no vaciló ni un segundo. Abrió la portezuela y saltó justo cuando el auto, con las ruedas clavadas, pero lanzado todavía con gran fuerza, resbalaba sobre el polvo de la margen izquierda, alzando una nube amarillenta... Clarisa rodó sobre el polvo, quiso luego ponerse en pie y acabó cayendo sentada de espaldas. Todavía pudo ver el coche chocando fuertemente contra el gigantesco árbol, que se estremeció apenas. El morro se arrugó, medio coche se alzó, saltaron los cristales en miles de pedazos diminutos, como una lluvia de brillantes... Una llamarada brotó del motor. Una llamarada alta, ancha, roja y negra, envuelta en un espeso humo irritante...

—¡Homer! —gritó Clarisa—. ¡Homer...!

Se puso en pie, dolorida, magullada, con fuertes rasponazos en los brazos y en las rodillas, que comenzaban a sangrar. Pero nada de esto le impidió correr hacia el incendiado coche, ni lanzarse contra la portezuela, cuya manecilla asió frenéticamente, intentando abrirla.

—¡Homer! —chilló, angustiada—. ¡Ho...!

—Ni que yo fuese tonto, nena... —oyó tras ella—. ¿Por qué

supone que iba a quedarme en el coche? ¡Salga de ahí de una vez!

Clarisa se había vuelto y el

G-man,

cubierto de polvo y con la nariz ensangrentada, la apartó rudamente de allí, tirando de uno de sus brazos. Clarisa Taylor chocó violentamente contra el pecho del

G-man

y se quedó allí, agarrándose al federal con todas sus fuerzas, sollozando.

Homer Hardin no supo qué hacer durante los primeros segundos. Luego, dio unas palmaditas en la espalda de la muchacha.

—Bueno, bueno... Estamos vivos, ¿no es cierto?

—Hemos..., hemos podido...

—Sí, ya sé: hemos podido emprender un viaje hacia el cielo, pero todavía estamos en la tierra. Tranquilícese... ¿Está bien?

—¿Y usted?

Homer la apartó y la dio una palmadita en una mejilla.

—Yo he preguntado primero. ¿Está bien?

—Creo... creo que sí...

—Pues yo también. Vamos a la carretera. No creo que tarde en pasar algún coche que nos lleve de nuevo a Bakersfield.

CAPÍTULO XIII

—No es nada... —dijo el médico—. Los dos tienen lo mismo: arañazos, contusiones... Cosa de unos pocos días. Se le formará una costra en la nariz, señor Hardin, pero eso es todo. La señorita ha tenido aún mejor suerte.

—Muchas gracias, doctor.

Éste se los quedó mirando a los dos. Parecían sendos anuncios publicitarios de una marca de esparadrapo. Pero estaban tranquilos, sentados en la oficina del comisario de Bakersfield.

—Por nada. Mmm... No quisiera molestarlo, señor Hardin, pero su boca huele a *whisky*. No es conveniente beber cuando se ha de conducir. La ley...

—Conozco la ley... —enrojeció Homer—. Y no prohíbe beber un trago de *whisky*.

—Bueno... Sobre eso se entenderá con el comisario. Mi parte ya está cumplida. Buenas noches.

—Adiós —gruñó Homer.

En la puerta de la oficina el médico se cruzó con el comisario y cambiaron unas palabras apenas susurradas. El comisario dijo algo que hizo alzar mucho las cejas al sorprendido médico, que pareció insistir en algo relacionado al aliento de Homer Hardin. El comisario movió negativamente la cabeza, el médico encogió los hombros y se fue.

El comisario se acercó a ellos, sonriendo apaciguadoramente.

—Disculpe al doctor Rowles... —pidió—. Él no sabe que usted pertenece al FBI, y como, en efecto, su boca huele un poco a...

—Ya le expliqué eso, comisario.

—A mí, sí. ¿Se ha servido ya? —señaló el teléfono.

—Sí. Me están esperando en Los Ángeles... ¿Me consiguió un

coche?

—Desde luego. Mañana retiraremos el suyo de allí y será examinado.

—¿Hizo averiguaciones?

—Pues sí... Bueno, no es que yo pretenda desestimar su acusación de que alguien estropeó su coche, comprenda... Además, es cierto que cualquiera pudo acercarse al auto, estropearlo...

—En resumen: no ha averiguado nada.

El comisario, un tipo alto, fornido, con expresión de malas pulgas, frunció el ceño.

—Ya le digo que cualquiera pudo acercarse a su coche. Todo es posible en esta vida, señor Hardin. Pero, casualmente, usted lo dejó cerca del bar de Alberto y muchas personas pasaron por allí... Nadie vio a nadie acercarse... sospechosamente a su coche. Solamente a un niño.

Homer Hardin se quedó mirando como hipnotizado al comisario.

—¿Un niño? —musitó.

—Eso he dicho.

—¿De seis u ocho años?

—Exactamente... —alzó las cejas el hombretón de la placa al pecho—. ¿Lo conoce?

—¿Cómo lo han descrito, exactamente? ¿O no lo han hecho?

—Oh, sí, sí... Un niño muy simpático... Parece que se le cayó su pelota de *baseball* debajo del coche y se metió allá a buscarla.

—Una pelota de *baseball*... ¿Llevaba el niño un protector facial, ya sabe, uno de esos...?

—Sí... Lo llevaba... ¿Cómo lo sabe?

—¿Dónde está ahora ese niño?

—Se fue. Hacia Los Ángeles, según parece. Recogió su pelota, no sin dificultades, y se metió en un coche... Se fue.

—Supongo que no conducía él ese coche —masculló Homer.

—No, claro... Había al volante una chica... Bueno una joven muy bonita. Su madre, sin duda... Pelirroja, dijeron... El chico subió al coche y se fueron.

—¿Tomó alguien la matrícula?

El comisario lo miró con expresión atónita.

—Desde luego que no.

—Claro... —graznó ásperamente el

G-man

—. Desde luego que no. ¿Está ahí fuera el coche para regresar a Los Ángeles?

—Sí... Naturalmente, si quiere que alguien de aquí los lleve de regreso...

Homer le dirigió una fulminante mirada.

—El día que yo beba de más comisario, pediré la baja en el FBI. Gracias por todo y hasta la vista.

Salieron de la oficina, se metieron en el coche y emprendieron de nuevo el regreso a Los Ángeles..., no sin que Homer probase unas cuantas veces la solidez de la dirección del vehículo.

Llevaban recorridas unas seis millas cuando Clarisa le tiró suavemente de una manga.

—Homer...

—¿Qué pasa? —rezongó el

G-man.

—¿Crees..., crees que han querido matarte porque..., porque estás descubriendo algo...?

—No.

—Pero entonces... Ese niño con el protector facial... Seguramente es el mismo, ¿no?

—Es posible. De todos modos..., ¿por qué había de querer matarme a mí? ¿Qué habría ganado con ello? Al contrario, en cuanto yo hubiese muerto, cien agentes del FBI se habrían lanzado a su caza. Pero insisto: ¿por qué matarme a mí, que ni siquiera le conozco? Además, un niño no puede...

Se calló de pronto, reduciendo considerablemente la marcha, a fin de poder mirar mejor a Clarisa. En efecto: ella estaba pálida y lo miraba a su vez con ojos desorbitados.

—¡Dios mío...! —gimió ella—. ¡Dios mío!

—No, no... —murmuró roncamente Homer—. No pienses eso...

—Tengo que pensarlo... Tú no lo conoces, pero yo sí... ¡Yo sí lo conozco, o puedo reconocerlo en cualquier instante! ¡Era a mí a quien quería matar!

—Tonterías... Tonterías, pequeña... Es sólo un niño. Cálmate. El inspector Gilchrist ya está enterado de todo, nos está esperando en Los Ángeles... Te prometo que mañana tendremos terminado este caso. Te lo garantiza un valiente federal —intentó sonreír.

Clarisa Taylor también intentó sonreír.

—Si tú lo dices...

* * *

Estaban a menos de cinco millas de Los Ángeles cuando sonó, un tanto apagado, el zumbido de la radio de bolsillo de Homer, que éste se apresuró a atender.

—Homer Hardin —dijo.

—Homer, ¿dónde estás? —se oyó la voz de Gilchrist.

—Muy cerca, señor. Llegaré a la Delegación dentro de...

—¡Y dale con la Delegación! —farfulló el inspector—. Foreman, Daniel y yo hemos estado en el Culberston Theatre. No hay nada que nos sirva allí, según parece. Pero tenemos los domicilios de las personas cuyos nombres nos diste por teléfono desde Bakersfield. ¿Puedes desviarte hacia San Fernando Valley?

—Sí, sí, desde luego.

—Pues hazlo. Allá, en el 8086 de Topanga Canyon Boulevard, vive una de esas personas, el llamado Melvin Sorrels. Ve a charlar con él, a ver si sacas algo en claro. Nosotros vamos ahora mismo a ver a Robert Glenway, que vive cerca de Santa Ana... Ya estamos en camino. Nos encontraremos, finalmente, en South Gate, en el domicilio del doctor Leland Crawford, 1590 de Alvarado Street, tocando a Firestone Boulevard. Puedes ir hacia allí, desde San Fernando, por San Diego Freeway... ¿Lo has entendido todo bien?

—Sí, señor.

—Vale. Homer, ¿estás bien?

—Los dos estamos bien, señor. Magullados, pero perfectamente.

—Hasta luego, Homer.

—Hasta luego, señor.

El

G-man

cerró la radio y la guardó. Volvió la cabeza hacia Clarisa.

—Si quieres, puedo dejarte en tu apartamento. O en cualquier sitio seguro...

—No, no... —se estremeció ella—. Prefiero no separarme de ti, Homer.

—Si estás pensando en lo de las zapatillas, olvídalas.

—¿Qué...?

—Yo me entiendo. Bueno, vamos a ver a Melvin Sorrels, en el 8086 de Topanga Canyon Boulevard...

CAPÍTULO XIV

Era una casa de una sola planta, más bien pequeña, con un diminuto jardín en cuya entrada había dos pilares de ladrillos rojos con sendos farolitos de luz roja encima. Ni mucho menos podía pensarse que allí vivía un millonario, pero sí una persona de costumbres muy tranquilas y no carente de dinero. Había tres palmeras en el jardín y un castaño, que casi tocaba el pequeño porche.

Tras tirar de la cadenita, que hizo sonar una campanilla dentro de la casa, la puerta fue abierta por una mujer de casi setenta años, de cabellos completamente grises y rostro arrugado, de gesto seco, poco acogedor. Sus ojos eran pequeños, negros, fijos.

—¿Sí? —preguntó fríamente.

—¿Vive aquí el señor Sorrels?

—¿Qué desea usted?

Homer optó por seguir la vía más rápida y mostró su placa.

—Agente del FBI, señora. Es importante que vea cuanto antes al señor Sorrels.

—Son casi las once de la noche...

—Es conveniente para él, señora, no para nosotros. Por favor, ruéguele que nos reciba.

La mujer vaciló todavía un par de segundos.

—Está bien. Pasen.

Entraron en la casa, en el pequeño vestíbulo. Más al fondo se oía, en bajo volumen, un programa de televisión. La mujer les hizo un gesto para que esperasen y desapareció pasillo adelante.

Regresó cinco minutos después, haciéndoles señas de que avanzaran. Los introdujo en el *living*, donde, en efecto, estaba funcionando un televisor. Ante el aparato, en batín, sentado

cómodamente en un gran sillón, un hombre que parecía tener cincuenta años por lo menos, calvo, con lentes, de ojos hundidos y expresión recelosa, que los miró un instante, como inquieto.

—Cierra eso, Camille... —señaló al televisor—. Siéntese, por favor.

La mujer apagó el aparato, mientras Clarisa y Homer se sentaban cerca del hombre calvo, de lado con respecto a él, como si también estuviesen dispuestos a mirar la televisión.

—Me llamo Homer Hardin, señor Sorrels, y soy agente del FBI. Perdone que le moleste a estas horas, pero es importante.

—Está bien, señor Hardin. No se preocupe. ¿De qué se trata?

—Bien... Entiendo que usted es un antiguo componente de un alegre grupo de otros tiempos... Me refiero concretamente al formado por jóvenes cuyas familias estaban en excelente posición, en Bakersfield, hace ya muchos años... Estoy hablándole de Slim y Martha Danaher, Leland Crawford, Elmer Bishop y Robert Glenway... ¿Los recuerda?

—Por supuesto que sí. Sé que ellos viven ahora en Los Ángeles, también... ¿Ha ocurrido algo?

—¿Se ve usted a menudo con ellos, señor Sorrels?

—No. La verdad es que hace muchos años que no los veo. Llevo una vida... retirada, señor Hardin.

—¿Por qué motivo?

—Motivos personales.

—¿Tiene usted algo contra ellos, quizá?

Melvin Sorrels miró al G~man como si éste estuviese loco.

—¿Algo contra Slim, o Bobbie, o...? ¡Claro que no!

—Cálmese, señor Sorrels. La verdad es que así me lo imaginaba. Sin embargo... Bueno, yo quisiera hacerle unas pocas preguntas. Muy pocas. La primera es ésta: ¿conoce usted a alguien que no los quisiera a usted, a los de su grupo..., alguien quizá relacionado con ustedes y que en la actualidad, o antes, les quisiera... mal?

—No... No. ¿Por qué pregunta eso?

—¿Cuánto diría usted que hace, exactamente, que usted no ha visto a sus viejos amigos?

—Exactamente no podría decirlo... Mucho. Quince o veinte años, quizá.

—Pero eso es extraño, ¿no le parece?

—¿Extraño?

—Bueno... Ustedes eran un alegre grupo bien avenido, se querían, hacían rabiarse juntos a la señora Galloway. Supongo que también estudiaron juntos, tanto en la escuela de Bakersfield como en la Universidad... Y apostaría que incluso fueron juntos a la guerra, en el Pacífico.

—Sólo en esto se equivoca, señor Hardin: yo no fui a la guerra.

—¿Por qué?

—Nadie me pidió cuentas entonces, señor Hardin... ¿Debo rendirlas ahora?

—No, no, señor Sorrels, perdone... Quiero que entienda que yo no pretendo acusarle de nada en absoluto. Ni actual ni pasado. Sólo estoy intentando poner en orden las piezas de un posible rompecabezas. Es mi trabajo, le ruego que lo entienda.

—Siga preguntando —musitó Sorrels.

—¿Por qué no se ha visto nunca con sus compañeros? Sé que Slim Danaher y Elmer Bishop se veían con cierta frecuencia. La señorita Taylor —señaló a Clarisa— es secretaria de Slim Danaher, y me ha dicho que ninguno de los nombres de ese grupo los recuerda ella, como clientes. Es más o menos comprensible que durante los tres años que ella lleva al servicio del señor Danaher éste no haya tenido tratos profesionales con ras viejos amigos, pero... quizá en veinte años los tuvo. Yo creo que no sería descabellado suponer que cuando usted necesitase un abogado o un médico recurriese a sus amigos. Lo hace todo el mundo. No por ahorrarse dinero, sino...

—Le entiendo, señor Hardin. Pero no. Yo jamás recurrí a mis viejos y queridos amigos.

—¿Por qué, señor Sorrels?

—No sé.

—Pero usted sabe algo de sus vidas, sin duda... Estará al corriente de lo que hacen, cómo y dónde viven...

—Más o menos. Sé que Leland es un excelente médico, Slim un abogado de éxito, Elmer un gran actor, Bobbie un buen periodista. Hasta he leído los dos o tres libros que ha publicado... Tres, exactamente. En cuanto a Martha, sé muy bien que está casada con Slim, claro. Eso es todo.

—Pero no entiendo, señor Sorrels... ¿Por qué no verlos nunca,

por qué no visitarlos...?

—Tal vez porque ellos nunca han venido a verme a mí.

—¿Saben que usted está viviendo tan cerca de ellos?

—Lo ignoro. Además, mi vida, como usted ve, es tranquila y solitaria. Vivo solo con Camille, que lo es todo para mí, desde hace... Ni siquiera puedo recordar tanto tiempo. Ella entró en mi casa, en Bakersfield, hace unos cuarenta años... ¿No es cierto, Camille?

—Cuarenta y dos —casi sonrió la anciana.

—Eso debe ser. Desde entonces, Camille ha estado siempre conmigo. No necesito más, señor Hardin.

—Bien... Oh, todavía otra pregunta, señor Sorrels: ¿cómo le llamaban a usted sus amigos, de niño? El viejo Joe me dijo que le habían puesto un apodo simpático, pero no logró recordarlo. ¿Cuál es?

Melvin Sorrels sonrió, de pronto. Una arrugada y cansada sonrisa nostálgica. De la mesita que tenía ante él cogió la pipa, se la puso entre los dientes y luego rascó un fósforo de la carterita de cerillas con un gran círculo rojo en la tapa, con ojos y boca sonriente, como una gran cara de payaso risueño. Todavía estuvo unos segundos contemplando aquel sonriente círculo rojo con ojos y boca, sonriendo él también.

—Pompitas —dijo de pronto—. Me llamaban Pompitas.

—¿Pompitas? ¿Por qué? ¿Qué significa exactamente? No veo...

—Los niños, señor Hardin, siempre dan en el clavo. Cuando ellos ponen un apodo, es por algo. A mí me llamaron Pompitas porque estuve un par de años, quizá algo más, dedicado tenazmente a hacer pompas de jabón, en la ventana de mi casa. Me pasaba el día entero haciendo pompas de jabón.

—Pompas de jabón... ¿Por qué, señor Sorrels?

—Era mi entretenimiento favorito, ya que no podía jugar con ellos.

—Ah. ¿Se refiere usted a su poliomielitis?

—¿También sabe eso? —alzó las cejas Sorrels.

—También he dicho que he estado con el viejo Joe. Pero tengo entendido que usted se curó de aquella enfermedad. ¿No es así?

Mebrin Sorrels encogió los hombros, con seco gesto, y no contestó. Homer parpadeó, un poco desconcertado. Durante irnos

segundos el ambiente quedó un tanto tenso en el *living*.

—Mmm... Señor Sorrels: ¿sabe de alguien conocido de usted que tenga ahora un niño de seis u ocho años?

—No. Voy a rogarle, señor Hardin, que me explique el motivo de tantas preguntas...

Homer asintió con la cabeza.

—Elmer Bishop y Slim Danaher han sido asesinados.

La pipa casi cayó de la boca de Melvin Sorrels.

—¿Qué...? ¿Cómo..., cómo dice...?

—Los dos han muerto, señor Sorrels. En circunstancias idénticas..., pero con una ligera variante que no viene al caso. Y toda la pista que tenemos es que ambos nacieron en Bakersfield, que crecieron juntos, que formaron parte del mismo grupo...

—Entiendo... —susurró Sorrels—. Sí, entiendo, entiendo...

—Me pareció que usted podría darme una pista, señor Sorrels.

—¿Yo? Bueno, no sé... Ya le he dicho que hace muchos años que no nos vemos... Por Dios, esto es horrible... ¿Está seguro de que han muerto... asesinados?

—Desde luego.

Sorrels se mordió los labios.

—Lo lamento... —musitó roncamente—. Lo lamento de veras...

—Estamos visitando a todos los viejos amigos de ellos, señor Sorrels. No quisiera alarmarlo, ñero... convendría tomar ciertas medidas de seguridad.

—¿Está... insinuando que también a mí pueden querer matarme?

—Bueno... No sé, pero... Claro, todo esto es pura teoría deductiva, señor Sorrels. Pero aun siendo solamente teoría, le aconsejo que cierre bien puertas y ventanas. Dentro de unos minutos tengo que reunirme con mi jefe y estoy seguro de que tomaremos la decisión de enviarles a ustedes a un compañero, que vigilará discretamente la casa. Por la mañana tendrán a un agente del FBI muy cerca en todo momento.

—Pero esto es... absurdo...

—Las teorías se cumplen a veces, señor Sorrels. Por si acaso, permanezca usted en casa, hasta nuevo aviso. No vaya a su trabajo, o a ningún otro sitio... ¿En qué se ocupa usted?

—En nada. Vivo de mi dinero.

—Estupendo. No tiene necesidad de salir, por tanto. Créame que es lo mejor que puede hacer.

—Pero esto es absurdo, increíble... ¿Por qué han de querer matarme a mí?

—¿Y por qué a ellos, señor Sorrels?

—Bueno, Elmer y Slim han llevado una vida más... agitada. Han podido crearse enemigos. Pero yo... ¿Qué he podido hacerle yo a nadie?

—Parece que ellos tampoco tenían enemigos. Tengo que marcharme ya, señor Sorrels. Si recordase algo que pudiera darnos una pista, por favor, llame inmediatamente a la Delegación y pregunte por mí o por el inspector Gilchrist. ¿Lo hará?

—Por supuesto. Perdonen que no me levante, pero... la poliomielitis no se curó tan bien como algunos creen.

—Lo lamento. Y no se moleste, por favor. Nos volveremos a ver, señor Sorrels. Encantado.

—Gracias, adiós...

Melvin Sorrels estrechó la mano a Homer y Clarisa, que salieron del *living* acompañados por la vieja Camine.

Ésta regresó pocos segundos después, brillantes y duros los ojos. Esperó a que Melvin Sorrels dejase de fumar su pipa pensativamente y la mirase, para musitar fríamente:

—Te lo dije. Tienes que hacerlo cuanto antes, Melvin.

—Sí... Sí, tienes razón. Voy a intentarlo de nuevo...

—¿Salgo ya a prepararlo todo en el jardín?

—Claro... Sí, tienes razón, sí... Hay que terminar cuanto antes, Camille. Cuando vuelva ese agente del FBI, todo tiene que estar terminado... ¿Adónde crees que él va ahora?

—A ver a los otros, naturalmente. Pero no llegará a tiempo.

CAPÍTULO XV

—Hemos llegado tarde, Homer —masculló Gilchrist, hoscamente—. Ya estaba así cuando llegamos Foreman y yo.

—¿Y Daniel?

—Se quedó vigilando a Robert Glenway, ese novelista loco. Nos dijo que éramos unos estupendos bromistas y que en su próximo artículo comentaría la simpática broma que le había hecho el FBI. De todos modos, aunque durante algunos segundos se tomó en serlo el asunto, nada pudo decir que nos ayudase.

—Tampoco yo conseguí nada de Melvin Sorrels. Bien. Veamos cómo ha muerto el pobre Leland Orawford.

Estaban en el despacho del domicilio de éste, donde, según lo acordado, se habían reunido, en el 1590 de Alvarado Street. Gilehrist había llegado antes, con el G-man

Foreman, de modo que cuando Homer y Clarisa llegaron encontraron la entrada ya expedita.

Leland Orawford yacía tendido sobre la alfombra, cara al techo, cerca del ventanal abierto. Llevaba un batín corto, pantalones de pijama y zapatillas. Sobre su mesa se veía, abierto, un libro de Medicina; en el cenicero, un cigarrillo que se había consumido totalmente.

El cuerpo estaba todavía caliente. Y seguramente por eso estaba de malhumor el inspector Gilehrist. Si hubiesen llegado tan sólo diez minutos antes, quizá habrían podido evitar aquella muerte.

Desde luego, Leland Orawford tenía espuma en la boca. Pero en esta ocasión no era verde, como la entrada en la boca de Slim Danaher; ni roja, como la que tenía entre los labios Elmer Bishop...

Homer Hardin, tras mirarla, musitó:

—La espuma es azul esta vez, señor.

—Sí.

Foreman regresó de otro aposento de la casa, miró a Gilehrist y asintió con la cabeza. Ya había hecho las llamadas pertinentes desde otro teléfono de la casa, evitando tocar el del despacho. Una vez más, todo el engranaje se ponía en marcha: huellas, fotografías, forense, la Morgue...

Clasisa Taylor no se separaba un segundo de Homer. Iba con él como si fuese realmente su sombra, cogiéndose continuamente de su mano. Estaba muy asustada y no poco pálida.

—Habrá que avisar a Daniel, que se concentre bien en la protección a Robert Glenway... —musitó Homer—. Y enviar a alguno de los muchachos a proteger a Melvin Sorrels. Incluso quizá convendría colocar dos hombres, en lugar de uno solo, para cada uno.

—Haremos algo mejor, Homer —discrepó Gilchrist—: Los recogeremos.

—Oh, estupendo, señor... Avisaré a Daniel para que...

—No. Foreman y yo vamos a quedarnos aquí. Tú ve a buscar a Daniel y meted en el coche a Robert Glenway, aunque sea a la fuerza. Si es necesario, le das un golpe, Homer. ¿Entiendes? Luego os vais a buscar a Melvin Sorrels y los lleváis a los dos a la Delegación. No quiero más muertes. Allá estarán más seguros que en ningún otro lugar. Ahora, Homer.

—Sí, señor. Allá voy... Bueno... —sonrió preocupado, alzando la mano de Clarisa, aferrada a la suya—, quiero decir que vamos.

CAPÍTULO XVI

—Ese novelista está loco, Homer... —refunfuñó Daniel—. ¿Qué crees que ha querido hacer?

—No sé... ¿Qué cosa?

—Quiso marcharse. Me dijo que a él no tiene que vigilarle ni protegerlo nadie. Que tiene narices de sobra para defenderse él sólo de lo que sea.

Homer Hardin miró disgustado hacia el cottage metido en el pinar donde el novelista-periodista Robert Glenway tenía su domicilio. Un tanto pintoresco, ciertamente, además de ser un lugar tranquilo, apto para su profesión.

—Está bien, Daniel. Tú quédate aquí. Yo voy a convencer de un modo u otro al señor Glenway. Lo llevaremos con nosotros e iremos a buscar a Melvin Sorrels inmediatamente. Vigila bien.

—Llevo casi una hora gastando ojos: seguiré así.

—Bien. Voy...

—Yo voy contigo —dijo Clarisa.

—¿Cómo no, pequeña? Parece que te has convencido de que para ser federal es necesario ser, de verdad, valiente. ¿No es eso?

—Voy contigo —musitó Clarisa.

—Atento, Daniel.

—Descuida, hombre.

Homer y Clarisa fueron hacia la cabaña. Se veía luz en dos ventanas y en el estrecho y alargado porche frontal. El auto de Glenway estaba a un lado, bajo un techado espeso de ramas de pino. Bajo los pies del agente y la muchacha, la pinocha se mostraba resbaladiza. El silencio era absoluto. Sólo por la carretera que quedaba a sus espaldas se oía, de cuando en cuando, la rápida pasada de un coche en dirección a Los Ángeles o Santa Ana.

Subieron al porche y Homer alzó la mano hacia el timbre. Se detuvo cuando Clarisa le dio un tironcito en la otra.

—Está abierto, Homer —dijo.

—Ese tipo es un chiflado... —rezongó el agente—. Vamos a sacarlo de aquí antes de que sea tarde.

Empujó la puerta y entraron, agarrándose Clarisa con ambas manos a la de Homer. Había un pequeño recibidor. Luego, un pasillo, a la derecha, dejando a la izquierda un amplio *living*, lleno de libros y papeles por todas partes, arrugados. En la primera puerta del pasillo se veía luz, por debajo, y Homer señaló hacia allí.

—Es capaz de estar trabajando tranquilamente. Vamos a interrumpirle.

Llegó ante la puerta justo cuando empezaba a oírse el teclear de una máquina de escribir. Frunció el ceño, la abrió y entró impetuosamente abriendo la boca para empezar a hablar...

No llegó a decir ni una palabra. Mientras Robert Glenway alzaba la cabeza y lo miraba sorprendido, el agente estaba mirando hacia la ventana que el novelista-periodista tenía detrás, muy cerca. Dada la agradable temperatura primaveral casi estival la ventana estaba abierta...

Y por ella, a menos que él estuviese soñando estaban entrando algunas de las burbujas de color amarillo que se veían en el exterior, brillante a la luz que salía del despacho. Unas grandes, enormes, bonitas burbujas de color, que ascendían en su mayor parte, pero de las cuales, algunas, flotando con gran ligereza, iban entrando en el despacho... Grandes y hermosas burbujas de color amarillo...

Un par de ellas reventaban en aquel momento cuando Robert Glenway, mosqueado, se ponía en pie al ver al agente.

—Oiga: ¿con qué derecho...?

—¡Salga! —aulló de pronto Homer—. ¡Por el amor de Dios, Glenway, venga hacia aquí!

—¿Qué demonios...?

El agente saltó hacia delante, asió al periodista de una mano y tiró de él hacia el centro del despacho, haciéndolo pasar rudamente por encima de la mesa, derribando ceniceros, papeles, libros, la máquina de escribir... Las burbujas de color amarillo continuaban entrando y ya habían reventado no menos de seis. Era un

espectáculo fascinante..., pero muy peligroso, y Homer Hardin lo sabía. Lo supo en cuanto vio las burbujas.

Puso en pie a Glenway de un tirón y lo empujó junto con Clarisa fuera del despacho, hacia el pasillo. Al mismo tiempo que cerraba la puerta, se dio cuenta de que ya no ascendían más burbujas: la producción de bonitos y brillantes globitos amarillos se había cortado.

Echó a correr por el pasillo, hacia la salida del cottage. Apareció en el porche como disparado en un cañonazo.

—¡Daniel! —gritó—. ¡Daniel, el niño está aquí!

Dio la vuelta a la cabaña, a toda velocidad, hasta llegar a la ventana del despacho, que era la única iluminada en aquella parte. Y, en efecto, vio al niño, vestido de blanco, corriendo velozmente por entre los pinos, alejándose.

—¡Hey! —llamó—. ¡Ven aquí!

Pero sabía que el niño no iba a detenerse, de modo que ya corría tras él, a una velocidad atlética que el niño jamás podría superar.

—¡Detente! —le gritó cuando lo tuvo más cerca—. ¡Detente o disparo! ¡Tengo una pistola!

El niño apretó la marcha. Era increíble la velocidad que conseguía con sus piernecitas menudas. Parecía una agilísima ardilla, sorteando los pinos a una velocidad fantástica... Homer llegó a la inquietante conclusión de que por aquellos lugares el niño iba a conseguir escapársele, de modo que alzó la pistola y disparó al aire.

El seco trallazo sobresaltó al diminuto fugitivo, que dio un extraño salto, rodó por el suelo, perdió algo que llevaba en las manos y continuó corriendo tras levantarse veloz como un relámpago. Homer continuó tras él corriendo a toda potencia, esquivando los pinos como buenamente podía. Debido a su corpulencia, le era más difícil que al niño pasar entre algunos, que se juntaban demasiado, hasta el punto de que, finalmente, su hombro derecho chocó con uno y rebotó duramente, girando hasta caer de espaldas. El dolor era tan atroz que estuvo tentado de quedarse allí mismo, enviando mentalmente al diablo al velocísimo niño con protector de catcher.

Pero se puso en pie, aún con la sensación de que llevaba una tonelada colgada del hombro. Había perdido la pistola, pero eso no

tenía importancia, ya que, por supuesto, no pensaba disparar de ninguna manera contra la espalda de un niño.

Afortunadamente, el pinar acababa de pronto, seguramente al borde de un camino que debía formar parte de la red que unía los distintos cottages de aquella tranquila zona.

Vio al niño ya en terreno despejado, como una mancha blanca a la luz de la luna. Apretó la marcha cuanto pudo, decidido a no dejarlo escapar..., y en aquel momento oyó el motor de un vehículo. Estaba saliendo del espeso pinar cuando vio al niño meterse en un coche, que salió disparado de regreso a la carretera, es decir, hacia Santa Ana Boulevard.

El agente se detuvo en seco, jadeando, furioso. Desde luego, lo más absurdo que se le podía ocurrir era perseguir a pie a un coche que podría alcanzar, sin duda, las ochenta millas por hora en un momento dado.

Regresó corriendo hacia el cottage, por el pinar, aullando como un loco:

—¡Daniel, al coche...! ¡Síguelo! ¡El niño va dentro!

Continuó corriendo. Sólo se detuvo para recoger su pistola y, luego lo que el niño había dejado en el suelo tras la caída producida por el sobresalto del disparo. Ni siquiera se fijó en lo que era, sino que continuó corriendo hacia la cabaña.

Cuando llegó allí, Robert Glenway y Clarisa estaban en el porche, todavía aturdidos, desconcertados y considerablemente asustados.

—¿Dónde está Daniel? —jadeó el agente.

—Se..., se fue corriendo hacia los coches —dijo Ciar risa.

Homer miró hacia allí y sólo vio el suyo. Bien... Era la única posibilidad que tenían. Todo estaba ahora en manos de Daniel.

—Supongo que se ha convencido, señor Glenway —masculló.

—¿De qué? No comprendo bien lo ocurrido...

—Vamos al coche. Lo llevaré a la Delegación.

—Mire, señor...

—Homer Hardin, del FBI.

—Pues mire, señor Hardin; yo tengo mucho trabajo, y no voy...

—Señor Glenway —atajó el agente—: usted va a venir conmigo a la Delegación, quiera o no quiera. Mañana, o cuando usted quiera, me demanda por lo que usted guste. Pero esta noche, ahora, usted

va a venir conmigo, de grado o por fuerza. ¿Lo entiende, señor Glenway?

—Lo entiendo muy bien, señor Hardin. Iré con usted.

—Gracias... —suspiró Homer—. Vamos al coche. No, al suyo, no... Y no entre en la casa. Déjelo todo como está. Yo llamaré por el radioteléfono de mi coche... No, éste no es el mío, no lleva... Tenemos que encontrar pronto una cabina... ¿Hay alguna cerca?

—Hay un teléfono junto al bulevar, a unas ciento cincuenta yardas de aquí.

—Pues vamos allá. Habrá que pedir que alguien venga aquí a investigar esto, en busca de alguna posible pista... ¡Maldito niño de todos los...!

CAPÍTULO XVII

—¿Te duele? —se interesó dulcemente Clarisa.

—Adivino tus intenciones —sonrió Homer—, quieres saber si estoy bien fastidiado para darme unas lecciones de judo... ¿No es eso? ¡Por las barbas de...! —aulló, palideciendo—. ¿Qué pretendes?

Clarisa se había apoyado en él, arrancándole un alarido de dolor, pero se apartó vivamente, sobresaltada.

—Sólo..., sólo quería... abrazarte a ti, Homer...

—¡Pues abraza un pino, que no tiene un hombro hecho papilla!

—Lo..., lo siento, querido...

El agente le dirigió una fulminante mirada de reojo y continuó examinando aquel objeto que había perdido el niño. Era un recipiente de metal dorado, que tenía un pequeño pitorro por un lado y un fino tubo en otro, opuesto. Al agitarlo, se oía dentro el rumor de un líquido, y eso era todo. Tras irnos segundos de reflexión, Homer se llevó el delgado tubo a los labios y sopló cautelosamente. En el acto, por el pitorro apareció una hermosa burbuja de color amarillo, que se elevó unos pocos pies antes de reventar...

—¡Fuera! —exclamó Homer—. ¡Alejémonos de aquí!

Se apartaron los tres del coche y, desde luego, Homer dejó de soplar por el tubo. Se quedó mirando con agresiva curiosidad al recipiente, hasta que Robert Glenway preguntó:

—¿Cuándo vendrán sus compañeros?

Homer lo miró hoscamente.

—Bueno, deles tiempo a colgar el teléfono, al menos... ¿No? ¿Quién va a ser tan amable de encenderme un cigarrillo? Aquí, en el bolsillo derecho, nena.

Clarisa se había apresurado a complacer al agente. Le sacó los

cigarrillos y el encendedor, le encendió un cigarrillo, ofreció a Glenway y encendió otro para ella misma.

Homer contemplaba pensativamente el recipiente, con el cigarrillo colgando de sus labios, entornados los ojos. De pronto, miró a Robert Glenway.

—No le recuerda nada esto, ¿señor Glenway?

—¿El qué?

—Este artefacto y sus burbujas de colores.

—No... No me recuerda nada.

—¿Está seguro?

—Claro...

—Lo malo de los escritores es que no tienen imaginación —sonrió secamente Homer—. O quizá tienen muy mala memoria. Veamos si yo le refresco la suya. Hace... Un momento —sacó la radio del bolsillo, para admitir la llamada inmediatamente—. Soy Homer.

—Homer, soy Daniel. He podido seguir el coche.

—¡Estupendo, Dan! —se excitó el agente—. ¿Tienes al niño y a quien conducía el coche? Apuesto a que es una pelirroja muy bonita...

—Vas a llevarte una sorpresa. No, no los tengo, Homer. Prefiero esperarte. Ah, quien conducía el coche es una pelirroja, desde luego. Parece que se llama Giovanna.

—¿Cómo sabes eso? Daniel, ¿qué está ocurriendo?

—Nada malo. Estoy tomando un *whisky* corto con soda larga.

—¿Estás tomando un...? Pero... ¿Dónde demonios estás ahora?

—En un *night-club*. Se llama Red Moon y está...

—¡Sé muy bien dónde está el famoso Red Moon Club! ¡Dime qué estás haciendo ahí!

—Esperándote. Date prisa o perderás el espectáculo.

Homer Hardin masculló algo, irritado, antes de asentir:

—De acuerdo. Voy inmediatamente.

Guardó la radio, tiró el cigarrillo y señaló el coche.

—Tendrás que conducir tú, preciosa.

—Sí, Homer.

—¿Qué iba a decirme antes? —inquirió Glenway.

—Ya hablaremos de ello más adelante. Suba al coche. Vamos a ver qué clase de diversión se ha buscado mi compañero en el Red

Moon Club.

CAPÍTULO XVIII

—¿Ya has terminado tu *whisky*? —gruñó Homer.

—Hombre, bien tenía que tomar algo ahí dentro... Ven, quiero que veas algo muy interesante.

—Un momento, Dan.

Habían detenido el coche segundos antes, muy cerca del club nocturno, y Daniel había aparecido inmediatamente ante ellos. Muy cerca había un policeman, al cual se acercó Homer. Vieron cómo le mostraba su placa, cómo señalaba hacia el coche... El policía abrió los ojos un poco de más, pero asintió con la cabeza y fue con él hasta el coche.

—Usted, señor Glenway, va a quedarse dentro del coche. Este agente le protegerá... o como usted quiera llamarlo. Sin comentarios, por favor. Vamos, Daniel. Y tú, nena, también, naturalmente... Se nota en seguida que ya no puedes vivir sin mí.

Fueron hacia la entrada del Red Moon Club y Daniel señaló un gran cartel propagandístico de la actuación de ciertos artistas contratados en la actualidad como atracción del local. Homer se acercó y se quedó estupefacto.

—El niño... —musitó—. ¡Y la pelirroja!

—Dejaron el auto en la calle de al lado —sonrió secamente Dan.

—Asombroso...

—Homer: pero éste no es un niño —apuntó tímidamente Clarisa—. Claro que...

El cartel anunciaba la actuación de Giovanna y Piccolo, los más sensacionales acróbatas del mundo. Se veía a la pelirroja con tan pocas prendas y tan pequeñas que de verdad no se la veía bien. Era muy bonita. Sobre su cabeza, vestido de marinerito, y sosteniéndose con una sola mano cabeza abajo estaba Piccolo, su *partenaire*.

Piccolo, que significaba «pequeño», en italiano. Y tan pequeño que era el tal Piccolo...

—Un enano... —masculló Homer—. ¡Un maldito enano que ha estado matando gente vestido de niño, el muy...!

—Ahora deben estar actuando —dijo Daniel.

—Son cerca de las..., la una y media, Dan.

—Tienen la penúltima actuación. Luego sale esa chica de ahí —señaló otro cartelón, en el lado opuesto del vestíbulo—. Es una lástima que no podamos quedarnos a verla... ¿Qué opinas de ella?

—Piuu... —silbó Homer—. Bueno, vamos a ver el espectáculo. Aunque quizá sea mejor que lo veas tú, no sea que Piccolo o Giovanna me reconozcan. Son muy activos, Daniel: me descompusieron el coche en Bakersfield, para eliminar a Clarisa, que era la única persona que había visto al... al «niño», hasta el momento.

—Tendrán su merecido. ¿Cómo enfocamos el asunto?

—Ve a la sala y pide otro... No. Pide café. Luego te olerían el aliento y podrían creer que... Café, Daniel.

—Sí, hombre, sí... ¿Y tú?

—Yo voy a echar un vistazo al camerino de esos simpáticos acróbatas. Los esperaré allí, ya sabes.

—De acuerdo.

—Homer, yo voy contigo...

—Que sí, hijita, que sí. ¡No faltaría más!

CAPÍTULO XIX

Dentro del camerino de Giovanna y Piccolo había las cosas normales de todo camerino de actores: maquillaje, vestidos, zapatos, maletas, un biombo... Un camerino no demasiado grande, en el que Homer Hardin no tuvo que buscar mucho para encontrar lo que buscaba, bien escondido en el baúl con bikinis de señora y ropas de niño, amén de un montón de cosas más: el protector facial de cácher. Aparentemente, era uno de esos protectores faciales que tanto se venden a los niños americanos. Pero, detrás del alambre protector, había una mascarilla de goma blandísima, adaptable a cualquier boca humana normal, sólo lo suficiente grande para cubrir la boca y la nariz de la persona que llevase el protector. La goma parecía de esponja, realmente, y era fácil comprender que el tubo metálico del recipiente que contenía las burbujas o el gas que las producía podía penetrar a presión por esa esponja, que tenía un olor peculiar, desconocido para el agente del FBI.

Clarisa lo miraba muy atentamente y él encogió los hombros, como quien se encuentra ante una cosa que no requiere explicación. Pero la dio:

—Dentro de aquel recipiente hay un gas, nena. Un gas y un líquido que produce las burbujas. Estas salen por el pitorro, llevando dentro el gas. Cuando estallan, el gas sale. ¿Lo entiendes?

—Sí, Homer.

—Y quien produce las burbujas no corre peligro debido a esta pieza de esponja, que filtra el veneno del gas. ¿No es interesante?

—Burbujas de colores con gas... Oh, esto es terrible, Homer...

—Es un modo más de asesinar —dijo duramente el agente—. Pero las horas del asesino están... Sssst. Detrás del biombo, nena.

Clarisa corrió a esconderse detrás del biombo, en tanto Homer,

simplemente, se colocaba a un lado de la puerta. Apenas dos segundos más tarde ésta se abría y una esbeltísima pelirroja provista solamente de un diminutísimo minibikini entró en el camerino. Cerró la puerta tras ella, vio a Homer, sus ojos se desorbitaron, quiso volver a abrir... y el agente se lo impidió suavemente.

—¿Qué tal, Giovanna? ¿Cómo fue el viaje de ida y vuelta a Bakersfield?

—¿Quién es usted? ¡Salga de...!

—Tranquílcese. Me conoce muy bien: Homer Hardin, agente especial del FBI, directamente encargado de buscar burbujas de colores. Oh, vamos, déjese de teatro, encanto. Es fácil comprender que todo está perdido para ustedes... ¿O no lo comprende?

Lo que sucedió a continuación asombró considerablemente a Clarisa, pero en lo más mínimo al G-man:

la bellísima Giovanna se dejó caer en un taburete, escondió el rostro entre, las manos y se echó a llorar con todas sus fuerzas.

Clarisa miró desconcertada a Homer, que encogió los hombros, hizo una mueca de dolor y se acercó a la pelirroja.

—Bueno, bueno, está bien... —le palmeó un hombro—. Estas cosas se piensan antes, Giovanna. El arrepentimiento, es ya un poco tardío, me parece.

—¡El..., él me obligó! —gimió ella—. ¡Fue él, se lo juro!

—¿Quién? ¿El enanito?

—¡Sí! ¡Es malo como..., como una fiera...! Le ofrecieron cien mil dólares por... por hacer todo eso y él aceptó... Dijo que tenía que parecer que era un inofensivo niño haciendo pompas de jabón y que era la persona indicada, que le habían ofrecido cien mil dólares y que lo iba a hacer... ¡El me obligó!

—Cálmese. Yo ya sé todo eso, Giovanna. Pero no pretenda ahora convencerme de que ese pequeñín pudo obligarla a usted...

—¡Me dijo que me mataría si no le ayudaba! Yo sólo tenía que conducir el auto... ¡Me dijo que me mataría! ¡Siempre me dice que me matará si me voy de su lado, si no hago lo que él dice! ¡Y sé que lo haría, lo sé...! ¡Es un criminal de malos instintos...!

—Eso también está comprobado... —siseó Homer—. ¿Dónde está el pequeñín ahora?

—Está..., recogiendo detrás del escenario los instrumentos que utilizamos durante las actuaciones. Hoy terminaremos aquí, en Los Ángeles; todo lo planeó para marcharnos cuando terminase...

—Es listo el «niño». Pero el FBI no puede...

La puerta se abrió de pronto. Homer se volvió velozmente, a tiempo de ver al «niño» vestido de marinerito. Un «niño» de cuarenta años, pero lampiño, sonrosado, de claros ojos azules... Giovanna y Piccolo, gran éxito. Fue una visión brevísima, porque Piccolo, tras un respingo de sobresalto, saltó hacia fuera, cerrando la puerta.

Homer la abrió de un seco tirón y se lanzó al pasillo de los camerinos.

—¡Daniel...! —empezó a gritar Homer.

Pero lo vio en seguida. Daniel estaba en el extremo del pasillo, abierto de brazos, cortando la salida del enano, que corría directo hacia el agente, veloz como una flecha.

—¡Páralo! —aulló Homer—. ¡Páralo como sea, Daniel!

Éste parecía casi asustado, viendo al pequeño hombrecillo lanzado contra él como una bala, encogido, agilísimo. Pareció que iba a chocar contra las piernas del agente, que bajó las manos, para detener el golpe y atrapar a Piccolo... No hubo choque, no hubo nada... Piccolo efectuó un veloz quiebro que dejó a Daniel clavado en el suelo y pasó por su lado como un rayo.

—¡Daniel, maldita sea...! —vociferó Homer.

El agente parecía aterrado, petrificado, efectivamente como clavado en el suelo. Homer pasó junto a él, dándole un tirón de las ropas... Se lanzaron los dos hacia el principio del pasillo por donde había desaparecido el velocísimo enanito, vestido de marinero todavía.

Cuando llegaron allí lo vieron cruzar por entre unos decorados y allá se lanzaron los dos federales... Se encontraron en el escenario del Red Moon Club, donde Greta Gretelmann, con dos margaritas arriba y un monobikini abajo había dejado de estremecer sus carnes con aquel bailoteo electrizante, para contemplar aturdida a Piccolo, que saltaba del escenario a la sala del público, en medio del general asombro, de exclamaciones...

—¡Detenganlo! —aulló Homer—. ¡Detengan a ese enano!...

Saltó detrás de él, seguido de Daniel, dejando a Greta

Gretelmann aterrada, sujetándose las margaritas, que Daniel había estado a punto de arrancar al pasar rozándola a toda velocidad.

En la sala el diminuto personaje ocasionó un caos total, derribando mesas y sillas, vasos, botellas, lámparas de las mesitas... Ni una sola persona pudo reaccionar a tiempo de su sorpresa para intentar siquiera detenerlo. Por entre todo el público el diminuto asesino cruzó la sala y llegó al tramo de escalones que llevaba a la calle.

Como contraste a su paso, el de Homer y Daniel pareció el de dos gigantes que lo arrasaban todo. Subieron el tramo de escalones alfombrados en un par de saltos, aparecieron en la calle y Homer sacó su pistola, mordiéndose los labios para no gritar de dolor debido al brusco movimiento de su magullado hombro derecho.

—¡Piccolo, deténgase! —gritó—. ¡Esta vez tiraré a dar...!

El enano corría calle abajo. Se volvió, los vio y se lanzó a la calzada, siempre veloz como una bala... O quizá no tanto... Por lo menos, no fue más veloz que el imponente «Dodge» que apareció de pronto, como brotado del asfalto, allí mismo... Se oyó el chirrido de los frenos, gritos... El «niño» vestido de marinerito salió volando a más de doce pies de altura, proyectado a una distancia no inferior a los treinta.

Se le vio claramente rodar por el suelo, quedar inmóvil, completamente manchado de sangre.

Homer y Daniel corrieron hacia allí y se arrodillaron a su lado. Un solo vistazo bastaba para saber que todo había terminado. Pin para el pequeño asesino de las burbujas de colores.

—Quédate aquí —musitó Homer.

El conductor del enorme «Dodge» corría hacia allí, como a punto de desmayarse. Estaba completamente blanco, como si se hubiese pintado la cara, y posiblemente habría rodado definitivamente por el suelo de no sujetarlo el

G-man.

—¡Dios mío...! ¡Lo he matado...! ¡He matado a un niño! Sa... salió tan de pronto. ¡Santo Dios!

—Cálmese, amigo.

—Lo he matado... He matado a un niño...

—Tranquílícese. Nosotros vimos que usted no tenía ninguna culpa. Cálmese, por favor... No es un niño, es un enano.

—He matado a un niño...

El hombre, grande como un acorazado, se echó a llorar. Homer miró desesperado a su alrededor. Le hizo señas al policeman que había quedado custodiando a Robert Glenway y que ahora estaba junto a Daniel y al pequeño asesino. Lo dejó sosteniendo al hombretón y volvió junto a Daniel.

—Voy a buscar a la pelirroja, Dan.

—Okay.

* * *

Cuando salió, con Clarisa y Giovanna, ya había allí un coche de la policía, con su dotación nocturna. Fue cuestión de un par de minutos que los agentes del FBI acabaran de entenderse con el oficial que mandaba el patrullero. Le dejaron a Robert Glenway y a Giovanna y los dos, con Clarisa, volvieron al coche.

—¿Llamo al jefe, Homer?

—Lo están ya avisando los de la policía. Llegaremos allá y los esperaremos. O quizá lleguen antes y nos estén esperando. Conduce lo más de prisa que puedas, Daniel. Presiento que la señora Danaher no tiene ya mucho tiempo de vida, a menos que nos demos prisa.

CAPÍTULO XX

Melvin Sorrels oyó las tenues pisadas, pero no alzó la cabeza de entre las manos.

—No puedo hacerlo de ese modo, Camille... —musitó—. Lo haré con las burbujas. ¿Has terminado ya?

Esperó la respuesta durante irnos segundos, pero, como no se produjera, alzó la cabeza, extrañado. Inmediatamente su rostro perdió el color, sus ojos se desorbitaron, se crisparon sus mandíbulas...

—Señor Hardin... —gimió.

Homer señaló al hombre de mediana edad que estaba junto a él, a la entrada del *living*.

—Le presento al inspector Gilchrist, jefe de la Delegación del FBI en Los Ángeles, señor Sorrels. Camille no podrá venir. La hemos detenido hace un par de minutos, cuando estaba terminando de cavar una fosa en la parte de atrás del jardín. Dígame, señor Sorrels: ¿qué es lo que no puede hacer de ese modo?

Melvin Sorrels se serenó de pronto. Se relajó, quedó tranquilo, como si nada grave estuviese ocurriendo.

—Matar a Martha Danaher —dijo.

—¿La tiene usted?

—Sí.

—¿Aquí, en la casa?

—Sí.

—¿Todavía está viva?

—Sí, aún está viva...

—Pero pensaba matarla y enterrarla en el jardín, ¿no es así?

—Así es.

Los dos federales cambiaron una mirada atónita. Gilchrist señaló

un sillón a Homer y él se sentó en otro, acercándolo a Sorrels.

—¿Usted se da cuenta de lo que ha hecho, señor Sorrels?

—Desde luego.

—Vamos a ver... Todo eso de las burbujas, los asesinatos...

—Sí, sí... Me doy perfecta cuenta. Todo ha sido planeado por mí desde hace tiempo. Pero no fue hasta Que vi al enano cuando decidí ponerlo en práctica.

Homer tomó la carterita de cerillas en la cual se veía el gran círculo rojo con ojos y boca sonriente y que no era otra cosa que una luna llena y roja: Red Moon Club.

—¿Estuvo usted en el Red Moon, a lo que veo?

—¿Me ha descubierto por eso? —sonrió Sorrels.

—Por esta carterita que recordé en su momento oportuno, sí, señor Sorrels. Pero, además porque vi las burbujas de color amarillo. Burbujas... «Pompitas»... ¿No le llamaban a usted Pompitas?

—Je, je... Les he demostrado que no debieron reírse de mí ni de mis pompas de jabón, ¿no es cierto, señor Hardin?

—Sí, es cierto. Lo ha demostrado. Pensé en usted cuando vi las burbujas. Y cuando un compañero me llamó diciéndome que el «niño» había entrado en un club llamado Red Moon, me convencí definitivamente. ¿Fue usted allá a contratar a Piccolo?

—Sí... Casi nunca salgo, pero cuando lo vi anunciado en el periódico, empecé a pensar... Fui allá para sondearlo, a ver si él quería hacer el trabajo... Comprendí pronto que aquel enano era capaz de todo. Y lo contraté.

—Por cien mil dólares, lo sé. Pero ahora, señor Borréis, el enano está muerto y Giovanna en el Departamento de Policía, esperándonos... y esperándole a usted, para ser trasladados a la Delegación del FBI. Todo ha terminado.

—Pero ha valido la pena... Empecé a estudiar química para distraerme... No quería que la gente me viese más de lo imprescindible y finalmente me encerré en esta casa. Inventé un gas nuevo... Y un jabón especial, que podía ser de todos los colores... Igual que las pompas de jabón normal, corriente.

—Sabemos que también inventó un recipiente que contiene el gas.

—Sí... Gas, agua y jabón de color... Para cada uno, un color.

¿No es simple? Se hacen burbujas, pompas de colores..., y los maté a todos. Ya hacía tiempo que tenía el gas, pero esperaba... Esperaba mi oportunidad. Y llegó. ¿Han muerto todos, al menos?

—Queda vivo Robert Glenway.

—¿Precisamente él? El más hiriente, el más cruel... No importa, sin embargo. Quizá todavía pueda...

—Ya no podrá hacer nada nunca más, señor Sorrels. Ni siquiera vivir. A menos que los psiquiatras determinen que usted está loco.

—No estoy loco en lo más mínimo, señor Hardin.

—Entonces..., ¿por qué? ¿Por qué todo esto: los asesinatos, el rapto de Martha Danaher...?

—¿Usted sabe lo que es odiar? —barbotó Sorrels.

—¿Odiar?

—Sí, odiar... Odiar, señor Hardin.

—Bueno... No. Creo que no.

—Si lo supiera, me comprendería mejor.

—Lo dudo.

—No sea tan categórico. Yo me he pasado casi cuarenta años odiando y le aseguro que no hay nada peor en la vida. Nada. Ni siquiera la muerte. Por eso no me preocupa lo que ustedes, o la ley, o la justicia, hagan conmigo. No será peor que estos años de odio, estoy convencido.

—Mis noticias, señor Sorrels, son de que ustedes, todos, formaban un grupo bien avenido, que se querían, se querían, se respetaban...

—Mentira... ¡Mentira! ¡Yo los he odiado siempre, desde el primer día en que Bobbie me llamó Pompitas! Ellos..., ellos jugaban, corrían, saltaban, reían... Yo estuve más de dos años sentado en mi ventana, haciendo pompas de jabón. Pasaban por allí y me saludaban, riendo, y se iban a sus juegos. ¡Se burlaban de mí!

—¿No ha pensado que usted lo interpretó mal? Además, eran unos niños solamente... ¿Qué esperaba? No había crueldad en ellos, sino la inconsciencia normal de su edad: ocho o diez años, o quizá menos, señor Sorrels. Ellos vivían su vida, no tenían el conocimiento de ahora, no habían hecho una guerra, no conocían nada... Sólo jugar. Es lo normal. No se puede pedir a un niño que comprenda ciertas cosas.

—¡Se burlaban de mí!

—¿Por qué? ¿Porque lo llamaban Pompitas? Señor Sorrels, eso era natural, ya que usted siempre estaba haciendo pompas de jabón. Pero no lo hacían por maldad, era una broma cariñosa de ellos... Tampoco se les puede reprochar que lo dejaran en su ventana. Usted no podía correr, pero ellos sí. Había muchas cosas por hacer en su mundo infantil: pelearse, cazar ranas para ponerlas en la cocina de la señora Galloway, saltar, correr, nada... Era usted el mezquino, no ellos. Es usted el mezquino, no ellos.

—Yo..., yo me he... me he pasado cuarenta años odiando... ¡Usted no va a convencerme ahora!

—Usted lleva cuarenta años loco, que no es lo mismo. Por el amor de Dios, no es posible vivir todos esos años odiando a unos niños normales, sin maldad alguna, sin malicia siquiera... Unos niños que luego fueron hombres y ganaron una guerra para su patria, jugándose la vida... Unos niños que luego son médicos, o abogados, o escritores, o que nos distraen de nuestras ocupaciones interpretando a William... ¿Y a Martha? ¿Por qué odiaba usted a Martha?

—¡A ella siempre la amé! —gritó Sorrels—. ¡Pero se casó con Slim...!

—Señor Sorrels, era natural. Slim Danaher era un hombre bueno, cordial, inteligente, sano de mente...

—¡Y de cuerpo! —aulló Sorrels.

—No creo que eso decidiese a Martha a aceptarlo. Fue todo lo demás, todo lo bueno que había dentro de él, no fuera de él. Las mujeres entienden mucho de eso. No les pida que si encuentran a su hombre soñado lo rechacen por ser guapo y sano de cuerpo.

—¡Los odio, los odio, los odio a todos, a todos...! ¡Ellos me llamaban Pompitas y se reían, no me hacían caso...! ¡Los odio desde entonces, los odiaré siempre, siempre...!

El inspector Gilchrist movió tristemente la cabeza.

—Todavía no creo que el motivo de esta matanza sea un odio tan viejo, tan mezquino...

—¿De qué se asombra? Usted sabe que hay ladrones, asesinos, drogados... Casi siempre, por dinero, se cometen las mayores atrocidades; o por una simple pasión. Por cosas baladíes se mata a un hombre a puñaladas, o se abusa de una muchacha por capricho... Hay quien hace cosas malas porque sí, sin saber bien lo

que hace, o forzados por las circunstancias... ¿Es eso más lógico que matar por odio, acaso?

—Acabemos esto, señor Sorrels. Casi me siento enfermo. Homer, que te lleve a buscar a la señora Danaher.

—Sí, señor. Vamos, Sorrels.

Melvin Sorrels se puso en pie, sobre sus flacas piernas, y echó a andar hacia el interior de la casa, vacilante, torpe... En efecto: la poliomielitis no se había curado definitivamente. Durante cuarenta años Melvin Sorrels había sostenido su odio sobre dos flacas piernas débiles...

Entraron en uno de los dormitorios y Sorrels alzó la trampa del suelo.

—Tengo abajo mi laboratorio —explicó inexpresivamente—. Compré la casa porque tenía este sótano. No quería que nadie supiese que estudiaba Química y que...

—Ya lo dirá a quien le interese —rechazó fríamente Homer—. Saquemos de ahí a la señora Danaher.

Los ojos de Sorrels quedaron fijos en los del G-man,

mostrando una sonrisa malignamente satisfecha.

—No fue mi esposa, pero conseguí lo que quería. Ella no olvidará eso mientras viva, señor Hardin.

—Baje, Sorrels, o le envío abajo a golpes.

—Je, je... Conseguí lo que quería, sí... Ha quedado uno, pero me alegro... Me alegro ahora —comenzó a descender los peldaños de madera lentamente—. ¡Me alegro que hayan quedado dos de ellos vivos, para recordar el miedo, el horror de Martha, cuando la...!

—¡Cállese!

Se veía luz abajo. Sorrels bajaba de espaldas, mirando al agente del FBI, riendo, disfrutando de su venganza, todavía sumergido en su odio injusto, pero real, destructivo. Homer le vio llegar abajo y volverse.

Se disponía a bajar él cuando oyó el grito de Sorrels.

—¡Martha! ¡No! ¡Eso no, no...! ¿Cómo te has soltado...? ¡Deja eso...!

El

G-man

se dejó caer de rodillas y se inclinó, metiendo la cabeza por el

hueco. Todavía pudo ver a Martha Danaher, lívida, desgarradas las ropas... Estaba detrás de Sorrels, que se había vuelto y quería escalar la salida a toda prisa, sin que sus piernas obedeciesen tan fácilmente como él quería.

—¡No, no, no...!

Y al mismo tiempo que veía esta escena, Homer Hardin veían las burbujas de color rosa que subían lentamente hacia él. Unas grandes y bonitas burbujas que Martha Danaher estaba produciendo detrás de Melvin Sorrels, soplando por la boquilla de un recipiente de metal, haciéndolas brotar por el pequeño pitorro. Muchas, muchísimas hermosas burbujas de color rosa, que lo iban llenando todo y que ascendían, ascendían, reventándose la mayor parte de ellas abajo, quizá por ser demasiado grandes...

—¡Señora Danaher, no haga eso, no haga...!

Dos o tres burbujas de color rosa explotaron por debajo del G~man, muy cerca de éste, que se sobresaltó. Comprendió en una fracción de segundo que abajo no había ya nada que hacer y se apartó precipitadamente. Abajo, todo estaba decidido.

—Homer, ¿qué...?

—Salgamos, señor... ¡Salgamos de aquí ahora mismo! ¡Corra!

El inspector Gilchrist perdió medio segundo contemplando, maravillado, las burbujas que ya iban saliendo por la trampilla. ¡Qué hermosas burbujas de color rosa!

Homer tiró de él furiosamente y cerró la puerta del cuarto.

—¡Salgamos de la casa!

* * *

El coche de la Morgue se alejó con los dos cadáveres. En el de Gilchrist, la vieja Camille, tan recomida de odio como su querido «niño Melvin», esperaba ser llevada a la Delegación.

—Un triste final —musitó Homer.

—Sí... Parece que la señora Danaher, además de vengarse, no tenía grandes deseos de vivir después de lo que ese... ése.

—Es todo muy deprimente, señor. Pero, afortunadamente, se acabaron las burbujas de colores. Supongo que tendremos que ir ahora a la Delegación, a terminar el caso en todos sus extremos.

—Desde luego. Y cuanto antes empecemos, antes terminaremos. En marcha todos.

—Yo voy contigo —dijo Clarisa.

—Tú, nena, ya no tienes por qué venir conmigo —replicó adustamente Homer—. Ya no hay peligro de nada, así que te vas a casita a dormir, y eso es todo. ¿Okay?

—Sí, Homer.

—Vaya... —se sorprendió Gilchrist—. Parece que ha dado resultado eso de emplear mano dura, ¿eh, Homer?

ESTE ES EL FINAL

Homer Hardin entró en su apartamento, suspirando de cansancio. Eran las cuatro de la tarde del día siguiente y hasta poco antes había estado cerrando el caso con interrogatorios a Giovanna, a Camille, con los informes finales... Lo demás, lo decidirían otros. La Justicia diría su última palabra cuando...

Se quedó clavado en el centro del *living*, entre atónito y aterrado. El sol llegaba desde la ventana de la cocina, cuya puerta estaba abierta. Y flotando en el sol, montones de burbujas de colores, apelotonándose, explotando silenciosamente.

—¡Por Dios...! —exclamó el
G-man.

Dio media vuelta y corrió hacia la puerta. Estaba cansadísimo, sólo quería paz... ¡y se encontraba con burbujas de colores!

—¿Tiene miedo el valiente federal?

Se volvió velozmente y se quedó mirando, no menos atónito que antes, a Clarisa Taylor, que estaba ahora en la puerta de la cocina, con un vaso en una mano y una pajita de sober refrescos en la otra, lanzando burbujas al aire...

—¿Qué haces tú aquí? —barbotó Homer.

—Ya ves... Estoy haciendo pompas de jabón. De jabón, querido.
¿No te gustan?

Homer se acercó a ella, furibundo.

—¿Cómo has entrado aquí? ¿Además de saber judo sabes emplear una ganzúa, quizá? ¿Cómo has encontrado mi apartamento?

—He entrado aquí porque convencí a tu portero —guiñó un ojo

deliciosamente—. Y he encontrado tu apartamento por medio del listín telefónico, astutísimo federal.

—¿Qué..., qué tonta broma es esta de las burbujas...?

—Son de jabón, de veras. ¿Ves? —sopló unas cuantas—. Lo que ocurre es que quise asustarte, porque ya se sabe: con los hombres hay que emplear mano dura.

—Querrás decir con las mujeres, ¿no?

—No, no... Con los hombres, querido.

—Con las mujeres.

—Con los hombres.

—Con las... Bueno, demonios: ¿de dónde has sacado tú que hay que emplear mano dura con los hombres, vamos a ver?

—Me lo dijo un veterano: tu jefe.

—¿Mi jefe? Oye, oye, no te estarás refiriendo al inspector Gilchrist, ¿eh?

—Precisamente a él.

—¿El te dijo eso?

—El.

—¡Pero si a mí me dijo que con las mujeres había que emplear mano dura!

—A mí me dijo lo mismo con respecto a los hombres.

—¡Cuando lo vea le voy a..., a...! ¡El muy...! ¡Maldita sea, nos ha tomado el pelo a los dos!

—Eso parece. Pero, querido, ya conoces el refrán, de lo perdido, saca lo que puedas. Y ya que estamos aquí, dispuestos los dos a emplear mano dura...

—¡Pero qué mano dura ni qué...!

Homer Hardin abrazó impetuosamente a Clarisa Taylor. Ah, no... Aquella vez, ella no podría esquivar el beso. La sujetó fuertemente, tanto, que por mucho que se resistiera él podría dominar...

No tuvo que dominar nada, porque los labios de Clarisa salieron al encuentro de los suyos a toda velocidad. Y fue un beso tan largo, que cuando terminó el

G-man

se sentía más cansado que nunca.

—¡De... monios! Hija de mi vida, me has hecho polvo...

—¿Está cansado mi valiente federal? —lo besó ella en la

barbilla.

—¿Cansado? ¡Estoy hecho trizas!

—Siéntate, mi valiente federal. ¿Te traigo las zapatillas?

—Bueno... —gruñó Homer—. Y un cuchillo grande de la cocina.

Le dije al inspector Gilchrist que antes de casarme contigo me haría el «harakiri»... Y yo siempre cumplo lo que prometo.

Se dejó caer en un sillón, derrengado. Clarisa llegó con sus zapatillas, le quitó los zapatos y se las puso. Luego, se inclinó prometedoramente sobre él, temblando sus bonitos labios, muy abiertos sus hermosos ojos azules.

—¿Te traigo el cuchillo? —sonrió.

—Vaya... Bueno, demonios... Uno promete cosas a veces que...

—¿Lo traigo? —suspiraron los labios de ella, junto a los suyos.

—Ejem... No hay que ser tan intransigente con uno mismo, ¿no te parece? Qué caramba, de cuando en cuando uno puede faltar a una promesa, vamos, digo yo...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...